

COMEDIA FAMOSA.

GUARDATE

DEL AGUA MANSA.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Felix , Galàn.

Don Alonso , Barba.

Brigida , Criada.

D. Juan de Mendoza , Galàn.

Doña Clara , Dama.

Hernando , Criado.

Don Pedro , Galàn.

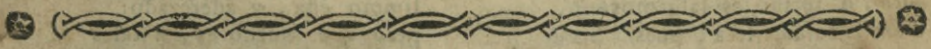
Doña Eugenia , Dama.

Osañez , Vejete.

Don Toribio Quadradillos.

Mari Nuño , Dueña.

Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Salen D. Alonso, Barba, y Osañez, Vejete.

Otañ. **U**Na, y mil veces, señor, vuelvo à besarte la mano.

Alonsf. Y yo una, y mil veces vuelvo à pagarte con los brazos.

Otañ. Possible es, que llegò el dia para mi tan deseado, como verte en està Corte?

Alonsf. No lo deseabas tù tanto como yo; pero què mucho, si en dos hijas, dos pedazos del alma, me estaban siempre con mudas voces llamando?

Otañ. Aun en viendolas, señor, mejor lo diràn tus labios: ò si mi señora viera este dia?

Alonsf. No mi llanto ocasiones con memorias, que siempre presentes traigo: tengala Dios en el Cielo, que à fe, que he sentido harto su muerte, que desde el dia que su Magestad premiando mis servicios, en el Reyno de Mexico me diò el cargo,

de que vengo, à no mas ver, me despedi de sus brazos. No quiso passar conmigo à Nueva España, no tanto por los temores del Mar, como porque en tiernos años dos hijas eran estorvo para camino tan largo, criandolas quedò en casa: fue Dios servido, que al cabo de tantos años faltò, à cuya causa, abreviando yo con mi oficio, dispuse bolver para ser reparo de su pérdida, que no estaban bien sin amparo de padre, y madre. Otañ. Es muy justo, señor, en tù esse cuidado; pero si alguno pudiera no tenerle, eras tù, es llano, porque el dia que faltò mi señora, ambas fe entraron, seglares en un Convento, sin mas familia, ni gasto, que à Mari Nuño, y à mi,

donde en Alcalà han estado
con sus tias, hasta oy,
que obedientes al mandato
tuyo buelven à la Corte:
y haviendolas yo dexado
ya en el camino, no pude
sufrir del coche el espacio
y así, por verte, señor,
me adelantè. *Alonf.* Unos despachos,
que para su Magestad
traxe, demàs del cuidado
de tener puesta la casa,
tiempo, ni lugar me han dado,
de ir yo por ellas, demàs,
que el camino es tan cosario,
que perdona la fineza,
pues es venir de otro barrio:

cómo vienen? *Dentro.* Pàra, pàra.
Otañ. Ya parece que han llegado,
ellas lo diràn mejor.

Alonf. A recibirlas salgamos.

Otañ. Escusado serà, pues
estàn ya dentro del quarto.

*Salen Doña Clara, Doña Eugenia, y Mari
Nuño, de camino.*

Clara. Padre, y señor, ya que el Cielo,
enternecido à mi llanto,
me ha concedido piadoso,
la dicha de haver llegado
à donde, puesta à tus pies,
merezca besar tu mano;
quanto desde oy viva, vivo
de mas, pues no me ha dexado
ya que pedirle, sino es
solo el eterno descanso.

Eugen. Yo, padre, y señor, aunque
logre en estas plantas quanto
me prometì mi deseo,
mas que pedir me ha quedado
al Cielo, y es, que tal dicha
dure en tu edad siglos largos,
porque esto del morir, no
lo tengo por agasajo.

Alonf. No en vano, mirades bellas
del alma, y vida, no en vano
al co azon puso en medio
del pecho el Cielo, mostrando,
que con dos brazos puede
comunicarse en dos brazos.

Alzad del suelo, llegad
al pecho, que enamorado
buelva à engendraros de nuevo.

Clara. Oy puedo decir, que nazo,
pues oy nuevo sèr recibo.

Eugen. Dices bien, que tal abrazo
infunde segunda vida.

Alonf. Entrad, no quedeis al passo,
tomareis la posesion
de esta casa, en que os aguardo,
para que seais dueños de ella,
hasta que piadoso el hado
traiga à quien merezca serlo
de dos tan bellos milagros.
Si bien, en mi esposo, padre,
y galàn tendreis, en tanto,
que os vea como deseo:

Brigida? *Sale Brigida, Criada.*

Brig. Señor? *Alonf.* Su quarto
enseña à tus amas. *Brig.* Todo
limpio està, y aderezado:
pero què mucho es, si tales
dueños espera, el estarlo
como un Cielo con dos soles?

Clara. Feliz yo, que à vèr alcanzo
este dia, aunque à penson
de haver, Eugenia, dexado
las paredes del Convento.

Eugen. Feliz yo, pues he llegado
à vèr calles de Madrid,
sin rejas, redes, ni claustros. *Vanse.*

Mari. Ya, señor, que el alborozo
de dos hijas ha dexado
algun lugar para mi,
merezca tambien tu mano.

Alonf. Y no con menor razon,
que ellas, el alma, y los brazo
pues por vuestra buena ley,
en lugar de madre os hallo.
Y ya que, ausentes las dos,
solos, Mari Nuño, estamos,
decidme sus condiciones,
que como las dos quedaron
niñas, mal puedo hacer juicio,
que no sea temerario,
para que prudente, y cuerdo
pueda, como maestro sabio,
governar inclinaciones,
que pone el Cielo à mi cargo.

Mari. Con decir, señor, que son hijas tuyas, digo quanto puedo decir; mas porque no presumas, que te hablo solo al gusto, aunque de entrambas la virtud, y exemplo es raro, de lo general verás, que à lo particular passo. Doña Clara mi señora, mayor en cordura, y años, es la misma paz del mundo; no se ha visto igual agrado hasta oy en muger: pues que su modestia, y su recato; apenas quatro palabras habla al dia; no se ha hallado, que haya dicho con enojo à criada, ni à criado en su vida una razon: es, en fin, Angel humano, que à vivir solo con ella, pudiera uno ser esclavo. Doña Eugenia mi señora, aunque en virtud ha igualado sus buenas partes, en todo lo demás es al contrario. Su condicion es terrible, no se viò igual desagrado en muger; dirà, señor, una pesadumbre à un Santo. Es muy soberbia, y altiva, tiene à los libros humanos inclinacion, hace versos; y si la verdad te hablo, de recibir un Soneto, y dar otro, no hace caso; pero no por esso:— *Alonf.* Basta, que en esto haveis dicho harto: yo os estimo, como es justo, que prevenido del daño, sepa à donde he de poner desde oy desvelo, y cuidado. Y así, aunque en edad menor, sea primera en estado, que el marido, y la familia son los Medicos mas sabios para curar lozanias, flores de los verdes años. Desde el dia que lleguè,

à la Montaña he embiado por un sobrino, que hijo es de mi mayor hermano: y en èl quiero de mis padres, y abuelos el mayorazgo aumentar; pobre es, yo rico, y es bien, que el caudal fundamos de la sangre, y de la hacienda, porque conservemos ambos el Solar de Quadradillos con mas lustre; así, en llegando serà Eugenia esposa suya, veamos si el nuevo cuidado enmienda las bizarrías de los verdoros lozanos. *Sale Otañek.*

Otañ. Un hombre espera alli fuera.

Alonf. Quièn es? que esse breve espacio tardarè, à las dos decid.

Versos? gentil cañamazo! *ap.*

no fuera mucho mejor

un remiendo, y un hilado? *Vase.*

Otañ. Què le has dueñado à señor, que es lo mismo que chismeado, que ya và tan defabrido?

Mari. Aora sabes, mentecato, que apostatàra una Dueña si supiera callar algo? *Vanse.*

Salen D. Felix Galàn, y Hernando su Criado.

Hern. Bravas Damas han venido, señor, à la vecindad.

Felix. El agassajo, en verdad, perdonàra por el ruido, pues dormir no me han dexado.

Hern. La una es dada. *Felix.* Què importò, si à la una duermo yo, que haya dado, ò no haya dado? mas què genero de gente es? *Hern.* De lo muy soberano, las hijas de aqueste Indiano, que comprò el jardin de enfrente, que dicen, señor, que lleno de riquezas para ellas, à solamente ponellas viene en estado. *Felix.* Ezzo es bueno: son hermosas? *Hern.* Yo las vi al apearse, y à fe, que por tales las juzguè.

Felix. Hermosas, y ricas? *Hern.* Si.

Felix. Buenas dos alhajas son:

dirèmoslas al momento
todo nuestro pensamiento,
por gozar de la ocasion,
por estàr cerca de casa,
que estoy cansado de andar.

Hern. Lo que hay desde aqui al Lugar
un Vejete quanto passa
me dixo; y al padre igualo
al hombre de mas valor,
pues dice que por su honor
matarà al Sofi. *Felix.* Effen es malo,
que aunque yo no soy Sofi,
en extremo me pesàra,
que para que èl me matàra,
por èl me muriera aqui.
Y de las hijas què dixo?
que Escudero, que empezò
à hablar, nada reservò.

Hern. Diversas cosas colijo
de ambas, que apruebo, y condeno,
porque hay del pan, y del palo,
una es callada. *Felix.* Effen es malo.

Hern. Otra es risueña. *Felix.* Effen es bueno:
para la alegre, por Dios,
havrà Sonetazo bello,
y para la triste, aquello
de, ojos, decidfelo vos.

Hern. Alegre, ò triste, me holgàra
diviertas, señor, un dia
con una galanteria,
que decirla te costàra
desvelo. *Felix.* A mi? harto fuera,
que alabarfe, vive el Cielo,
de que me costò un desvelo
ninguna muger pudiera.
Effen no, pues sabe Dios,
que si las hiciera ya
algun terrero; serà
por estàr cerca, y ser dos:
aunque à qualquiera me inclina
ya fuerza mas poderosa.

Hern. Serà ser rica, y hermosa.

Felix. No es, sino el estàr vecina,
que es mayor perfeccion, pues
nada la iguala: mas di, *Llaman.*
llaman à la puerta? *Hern.* Si.

Felix. Vè, y mira, Hernando, quien es.
Sale Don Juan en traje de camino.

Juan. Yo soy, Don Felix, que estando

la puerta abierta, no fuera
bien, que mas me detuviera.

Felix. Mal llamar ha sido, quando
sabeis, que puertas, y brazos
estàn siempre para vos
de una suerte. *Juan.* Guardeos Dios,
que ya sè que de estos lazos
el estrecho nudo fuerte,
que en vuestras almas està,
sin romperle, no podrà
desatarnosle la muerte.

Felix. Seais bien venido, que aunque
en la jornada de Ungria,
que veniades sabia,
no tan presto os esperè.

Juan. Fuerza adelantarme ha sido
para un negocio, en razon,
Don Felix, de mi perdon.

Felix. Haveisle ya conseguido?

Juan. Si, y habiendo perdonado
la parte, gozar quisiera
del indulto, que se espera
por las bodas; y asì, he dado
prisa à venir, para que,
en vuestra casa escondido,
me halle à todo prevenido.

Felix. Dicha es mia: y còmo fue?

Juan. Ya sabes, que por la muerte,
Felix, de aquel Cavallero,
fui à Italia; pues lo primero
dispuso mi buena suerte
ser ocasion, que el señor
Duque excelso, y generoso
de Terranova famoso
iba por Embaxador
à Alemania, acomodado
con èl à Alemania fui,
y hallandose allà de mi
bien servido, y obligado,
à España escribiò, porque
conocimiento tenia
con la parte: y asì un dia,
sin saberlo yo, me hallè
con el perdon en un pliego,
que de su mano me diò.

Felix. El lance fue tal, que errò
la parte en no darle luego,
pues fue casual la pendencia,
que diò la conversacion.

Juan. Esta es, Felix, la opinion comun; pero mi impaciencia de mayor causa nacia, que la que ocasiona el juego.

Felix. Esto es lo que yo no llevo à saber. *Juan.* Pues yo servia, ya que decirlo no importa, para casarme con ella, à una Dama rica, y bella; y no con suerte tan corta, que esperanzas no tuviese, aunque me las dilataba, que ausente su padre estaba, y la madre no quisiese tratar su estado sin el.

En este tiempo entendí servirla el muerto; y así, ocasionado de aquel lance, que el juego nos dió, con capa de otros desvelos, venganza tomé à mis zelos, con que todo se perdió; pues fueran necios engaños, confiado de mi estrella, pensar oy, que aun viva en ella memoria de tantos años.

Felix. Vos estais bien persuadido, que en Madrid, cosa es notoria, que en las Damas la memoria vive à espaldas del olvido. Su favor, y su desdén, ya en ningun estado, no, hizo fe, bien haya yo, que en mi vida quise bien.

Juan. Todavía de esse humor?

Felix. Si, pues aunque ellas son bellas, me quiero à mi mas, que à ellas, y así tengo por mejor à la que me ha de engañar, engañarla yo primero, que yo por amigo quiero al gusto, mas no al pesar. Y para que no se crea, que lo es para vos mi humor, ni para mi vuestro amor, otra la plática sea:

cómo en la jornada ha ido?

Juan. Como à quien viene de ver darle poder à poder

desempeños à partidos; porque tal autoridad, pompa, aparato, y riqueza, como ostentó la grandeza de una, y otra Magestad, el dia que la hija bella del Aguila soberana, generosamente usana trocò el Norte por la Estrella del Hispano, cuya accion, llanto à gozo competido, dexò del Aguila el nido, por el lecho del Leon: no la viò otra vez el dia.

Felix. De passo no estoy contento de oirla. *Juan.* Pues estadme atento, porque à la relacion mia los afectos Cortesanos pagueis. *Felix.* Yo os la ofrezco brava.

Juan. Deudora Alemania estaba:--
Sale Don Pedro en traje de camino.

Pedro. Don Felix, besoos las manos.

Felix. Seais, Don Pedro, bien venido; por esta puerta en un punto oy se entra el bien todo junto: pues què venida esta ha sido? acabòse el curso? *Pedro.* No.

Felix. Pues què os tray? *Ped.* Yo os lo dirè.

Juan. Si yo embarazo me irè.

Pedro. No, Cavallero, que yo, hallandoos con Felix, fio mucho de vos, porque arguyo, que basta que amigo fuyo seais, para ser señor mio: demàs, que aqui es mi venida, que en decirlo no hago nada, una Dama celebrada, que à mi amor agradecida, pude en Alcalá servir; vino oy à Madrid, y à vella vengo, Don Felix, tràs ella.

Felix. Y què mas? *Pedro.* Que por huir de mi padre, aqui escondido dos dias havè de estàr.

Felix. Albricias me podeis dar de haver à tiempo venido, que en ella Don Juan tambien puede haceros compañía.

Juan. Serà gran ventura mia,

que en mi conozcais à quien
serviros desea. *Pedro.* Los Cielos
os guarden. *Felix.* Pues vive Dios,
que no habeis de hablar los dos
tocados de amor, y zelos.
Hiz que nos den de comer, *A Hernán.*
y pues no hemos de salir
de casa, por divertir *Vase Hernando.*
el tiempo que puede haver,
la relacion me decid,
Don Juan, de la Real jornada.

Juan. Con calidad, que acabada,
la prevencion de Madrid
direz despues. *Felix.* Soy contento.

Pedro. Yo vengo à buena ocasion,
que una, y otra relacion
nueva es para mi. *Juan.* Oid atento.
Deudora Alemania estaba
à España de la mas rica,
de la mas hermosa prenda,
desde el venturoso dia,
que Maria nuestra Infanta,
generosamente ativa
trocó la Española Alteza,
por la Magestad de Ungria.
Deudora Alemania estaba
(otra vez mi voz repita)
de tanto logro al empeño,
de tanto empeño à la dicha,
sin esperanzas de que
pudiesse su Corte invicta
desempeñarse con otra,
de iguales meritos digna;
hasta que piadoso el Cielo
instrò su Monarquia
de quien, si no la excediò,
pudo al menos competirla,
para que nos restituya
en Matiana su hija
tan una misma beldad,
que parece que es la misma.
Pues si de las dos esferas
vamos corriendo las lineas,
y en florida primavera
le dimos la maravilla,
la maravilla nos buelve
en Primavera florida,
que apenas catorce Abries
bebiò del alva la rifa.

Si la Real sangre de Austria
sus hojas tiñò en la Tyria
purpura, en ella tambien
quiso que en otras se tiñan.
Si prudencia, si virtud,
si ingenio, y partes divinas
la dimos, essa nos buelve,
porque de todas es cifra.
Despues de capitulado
el Rey, que mil siglos viva,
se dilataron las bodas
mas tiempo del que queria
la ansia de los Españoles;
mas no fueran conocidas
las dichas, si no vinieran
con su pereza las dichas.
Fue causa à la dilacion,
esperar que à la festiva
tierna edad de la niñez
creciesse, hasta ver que oy pisa
de la juventud la margen;
buen defecto es el de niña,
pues se va, aunque ella no quiere
enmendando cada dia.
Llegò, pues, el deseado
de que feliz se despida
el Aguila generosa
del Real nido que la abriga:
porque saliendo à bolar,
el Quarto Planeta diga,
que Imperial Aguila es, puesto
que de hito en hito le mira.
Y porque no sin decoro
dexè la Corte que habita,
llegò la nueva à Madrid,
porque alli el Rey se despida
de su hermana, hasta la entrega,
mezclando el llanto, y la rifa,
que siempre en bodas de Infanta
el pesar, y el alegria
se equivocan, hasta que
de gala el dolor se vifta,
faliendo de ellas casada.
Ferdinando, Rey de Ungria,
y Bohemia, inclito joven,
que no vanamente aspira,
que heredada la eleccion,
Roma su laurel le ciña,
en nombre del Rey, con ella

se desposa, y exercita
tan amante sus poderes,
que sin perderla de vista,
hasta Trento la acompaña,
con la pompa mas lucida,
con el fausto mas Real,
que viò el Sol, pues à porfia
Españoles, Alemanes,
è Italianos, con su vista,
se compitieron de suerte,
que era gloriosa la embidia;
porque unos, y otros hicieron
en costosas libreas ricas,
tratable el oro en sus venas,
facil la plata en sus minas,
agotando de una vez
todo el caudal à las Indias.
Y porque por mar, y tierra
halle siempre prevenida
quien por la tierra, y el mar
de parte del Rey le sirva,
el cargo del mar al Duque
de Turfis (de esclarecida
generosa Casa de Oia,
siempre afecta, y siempre fina
à esta Corona) le diò,
porque de nuevo repita
en servicios, y finezas
obligaciones antiguas.
La Reyna estuvo en Milàn
detenida algunos dias,
por ocasion de que el mar
embarzò con sus iras
de España el passage; pero
quien de su inconstancia fia,
que no motive de culpa
lo que no es mas que desdicha?
Del mar, y del viento, en fin,
las condiciones esquivas,
ò vencidas, ò templadas,
atengome à que vencidas,
llegò el dia de embarcarse,
y apenas la viò en su orilla
el mar, quando convocò
todo el Coro de sus Ninfas,
para que corriendo à tropas
la compaña cristalina,
tan solo en ella dexaran
aquella inquietud tranquila,

que no bastando à temerla,
baste à hermosearla, y lucirla.
Entrò la Reyna en la Real,
cuya popa era encendida
brasa de oro, que à despecho
de tanta agua estaba viva.
La chufma toda de tela
nacar, y plata vestida,
con camisolos de Holanda,
que su gala es estar limpias.
Velamen, jarcias, y velas,
à su modo guarnecidas
de mil colores, formaban
un pensil, à quien matizan
de flores los gallardetes,
y las flamulas, que heridas
del aire que las tremola,
y el agua que las salpica,
venganza daban al aire,
y al agua de la ojeriza,
que tenian con las salvas
por ver, que de ver las quitan
las negras nubes de humo,
que dexò la Artilleria,
la mas pura, la mas bella,
la mas noble, y mas divina
Venus, que sobre la espuma
flechas de constancia vibra.
Aqui al compàs de las piezas,
clarines, y chirimias,
à leva tocò la Real,
cuya seña obedecida
aun primero, que escuchada,
fue de todos, con tal prisa,
que à un mismo tiempo la boga
arrancò, y siendo la goita
segunda salva vocal,
nos pareciò, quando se iba
de la tierra, una vistosa
Primavera fugitiva.
Quarenta Galeras fueron
las que siguieron su quilla,
que mas, que rompen las olas,
las encrespan, y las rizan.
El golfo tomò la Nao,
aun sin tocar en las Islas
Mailorca, Iviza, y Cerdeña,
no à causa de la enemiga
oposicion de los Puertos

de Francia, que bien podia,
 viniendose tierra à tierra,
 tomar puerto en sus marinas;
 porque en las enemistades
 de las Coronas militan
 en la campaña las armas,
 y en la paz la cortesía.
 Y así, con salvoconducto
 general en sus milicias,
 Francia esperò à nuestra Reyna:
 que bien lidian los que lidian
 para vencer, quando vencen,
 aun menos, que quando obligan:
 mas no puedo detenerme
 en referir las festivas
 demostraciones, que Francia
 la tenia prevenidas.
 El golfo tomò la Nao,
 trayendo siempre benigna
 en los vientos, y los mares
 la fortuna, porque mira,
 que con solo este festejo
 que hace à España, se desquita
 de otras penas, que la debe
 la vanidad de su embidia.
 En fin, con serena paz
 la vaga Ciudad movida,
 ya del remo que la impele,
 ya del viento que la inspira,
 los mares sulca de España,
 y de sus campos divisa
 los celages, que quisieran,
 que el mar en sus ondas frías
 hiespedes los admitiesse,
 porque una vez se compitan
 golfos de verde esmeralda
 con montes de nieve riza.
 Ya el mar saluda à la tierra,
 ya la tierra al mar se humilla,
 siendo la primera, que
 sus Reales plantas pisan
 Denia: ò tù mil veces tù
 felice, pues en tu orilla
 oy de la concha de un tronco
 sacas la perla mas rica.
 Querer que yo diga aora
 la magestad de las vistas,
 el séquito de su Corte,
 las galas, las bizarrías,

el amor de sus vassallos,
 de sus Reynos la alegría,
 no es posible, si no es que
 con la voz de todos diga,
 que este repetido lazo,
 en quien de esposa, y sobrina
 el nudo aprendò dos veces,
 con propagada familia,
 para bien comun de España,
 venturosos siglos viva.

Felix. No tuve gusto mayor,
 estad aora vos atento.
 Con el general contento,
 digno à su lealtad:-- *Sale Hernando.*

Hern. Señor?

Felix. Què dices? *Hern.* Que las dos bellas
 Damas, que al barrio han venido,
 à la ventana han salido,
 y desde èsta puedes vellas.

Felix. Perdone la relacion,
 pues dice à voces la fama,
 antes que todo es mi Dama,
 y despues havrà ocasion
 para ella, que ver deseo,
 què cosa son mis vecinas: *Mira adentro.*
 vive Dios, que son divinas.

Juan. Veamoslas todos: què veo! *ap.*
 ella es. *Pedro.* Pues las visteis vos,
 à mi me dexad llegar.

Felix. A fè, que hay bien que admirar
 en qualquiera de las dos.

Pedro. Què es lo que veo? ella es, Cielos:
 gran dicha ha sido venir
 à vuestro barrio à vivir.

Juan. Disimulen mis desvelos: *ap.*
 bizarra qualquiera es.

Pedro. Finja mi pena amorosa: *ap.*
 qualquiera es de ellas hermosa.

Felix. Oyen vueffarcedes, pues
 bizarras, ni hermosas son:
 quitense de aqui, porque
 son muy tienos, para que
 les de en mi jurisdiccion
 à su Dama cada uno;
 pues estàn enamorados,
 dexenme con mis cuidados,
 sin alabarme ninguno
 bellezas, ni bizarrías,
 que aquestas Damas les digo,

que son cosas de un amigo.

Juan. Què poco mis alegrías *ap.*
duraron! ya se quitaron
de la ventana, porque
yo llore su ausencia, y fue
la primer cosa que hallaron,
Cielos, mis penas, que ha sido
de ellas la causa (ay de mi!)

Pedro. La primer cosa que vi *ap.*
es por la que aqui he venido.

Hern. La mesa espera, señor. *Vase.*

Felix. Vamos à comer, que aunque
tan enamorado estè,
tengo mas hambre, que amor.

Juan. Aunque de burlas hablais,
sabed que de mi fortuna
una es la causa. *Vase.*

Felix. A Dios, una.

Pedro. Aunque tan de humor estais,
por si, ò por no, sabed, que
una de las dos, por Dios,
es la que figo. *Vase.*

Felix. A Dios, dos:
què corta mi dicha fue!
si no es que una misma sea,
que aun peor que esto seria,
la que uno, y otro queria:
plegue à Dios, que no se vea
empeñado en los desvelos
de dos amigos mi honor,
y pague zelos, y amor
quien no tiene amor, ni zelos. *Vase.*

Salen Doña Clara, y Doña Eugenia.

Clara. Por ciertò casa, y adorno
todo, Eugenia, està extremado.

Eugen. A mi no me ha parecido,
fino de la Corte el asco.

Clara. Por què?

Eugen. Quanto à lo primero,
porque este, Clara, es el barrio
donde de la Corte habitan
los pajaros solitarios.

A los Pozos de la nieve
casa mi padre ha tomado:
fresca vecindad, Agosto
le agradezca el agasajo.

Clara. Por la quietud, y el jardin
lo haria. *Eugen.* Lindos cuidados,
quietud, y jardin; para esto

Juste està juntico à Quacos:

porque en Madrid, què quietud
hay, como el ruido? y què quadro,
aunque con mas tulipanes,
que traxo estrangero Mayo,
como una calle, que tenga
gente, coches, y cavallos,
llena de lodo el invierno,
llena de polvo el verano,
donde una muger se estè
de la celosia en los lazos,
al estrivo de un balcon
à todas horas passeando?

Pues què los adornos? *Clara.* No es
de terciopelo este estrado,
y sillas, y con su alfombra?
de granadillo, y damasco
estas camas? los tapices
de buena estofa? y los quadros
de buen gusto, y el demàs
menage, Eugenia, ordinario,
limpio, y nuevo? pues què quieres?

Eugen. Buenos son, pero diez años
de Indias son mucho mejores.
Yo pensaba, que el adagio
de tener el padre Alcalde,
era niño, comparado
con la suma dignidad
de tener el padre Indiano.
Fuera de que entre estas cosas,
que tù me encareces tanto,
la mejor quadra, y mejor
alhaja es la que no hallo.

Clara. Quales son?

Eugen. Coche, y cochera,
que ella en invierno, y verano
es la mejor galeria,
y èl el mas hermoso trasto.
Què Indias hay donde no hay coche?
aqui de Dios, y sus Santos:
que ensayados trae, no ha escrito,
muchos pesos? pues veamos,
si no han de hacer su papel,
para què se han ensayado?

Clara. Ni aun à tu padre reserva
la satira de tus labios?
Jesus mil veces! *Eugen.* Mala hija:
vivir quistera mil años,
solo por ver si me logro.

Clara. Advierte, Eugenia, que estamos ya en la Corte, y que el despejo, el brio, y el desenfado del buen gusto, aqui es delito, que aqui dan los Cortesanos estatua al honor de cera, y à la malicia de marmol. No digo, que no sea bueno lo galaote, y lo bizarro: pero què importa, si no lo parece? y no es tan malo no ser bueno, y parecerlo, como serlo, y no mostrarlo. El honor de una muger, y mas muger sin estado, al mas facil accidente suele enfermar, y no hay ampo de nieve, que mas aprisa aje su tez, al contacto de qualquiera; planta no hay, que padezca los desmayos mas presto, que sin el cierzo, basta à marchitarla el Austro. Quantos tus versos celebran, quantos tus donaires, quantos tu ingenio, son los primeros, Eugenia, que al mismo passo, que te lisonjean el gusto, te murmuran el recato, rematando en menoscprecio lo mismo que empieza aplauso. Y una muger como tù, no ha de exponerse à los daños de que parezca delito nada, ni le sea notado hacer profesion de risa, que tan presto ha de ser llanto. Hasta oy en carta de dote, Eugenia, ha capitulado la gracia? *Eugen.* Quam mihi, & vobis prestare se te ha olvidado, para acabar el sermon con todos sus aparatos. Y para que de una vez demos al tema la mano, has de saber, Clara, que los non fagades de antaño, que hablaron con las doncellas, y las demás de este caso,

con las calzas atacadas, y los cuellos, se llevaron à Simancas, donde yacen entre mugeres, y fallos. Don escrupulo de honor, fue un pesadissimo hidalgo, cuyos privilegios ya no se leen de puro rancios. Yo he de vivir en la Corte, sin melindres, y sin ascos del què diràn, porque sè, que no diràn que hice agravio à mi pundonor; y asì, derribado al ombro el manto, descollada la altivez, atento el desembarazo, libre la cortesania, he de correr à mi salvo los siempre tranquilos golfos de calle mayor, y prado, cofaria de quantos puertos hay desde Atocha à Palacio. Uso nuevo no ha de haver, que no le estrene mi garvo: amiga sin coche? tate: y sin chocolate estrado? no en mis días, porque sè que es el consejo mas cano, el mejor amigo el coche, y èl el mejor agassajo. Las fiestas no ha de saberlas mejor que yo el Kalendario, desde el Angel à San Blàs, desde el Trapillo à Santiago. Si picaren en el dote los amantes cortesanos, que enamorados de si mas, que de mi enamorados, me festejen, has de ver, que al retortero los traigo, haciendo gala el rendirlos, y vanidad el dexarlos. Todo esto quiero que tengas, Clara, entendido, y si acafo vieres en mi: - Clara. Què he de ver, si aun de escucharte me espanto?

Sale Don Alonso.

Alonf. Eugenia? Clara? *Las dos.* Señor?
Alonf. Pediros albricias puedo.

Las dos. De què? *Alonf.* De la mejor dicha, mayor bien, mayor contento, que sucederme pudiera, despues de llegar à veros. Don Toribio Quadradillos, hijo mayor, y heredero de mi hermano, mayorazgo del solar de mis abuelos, llegará al punto: una tropa que se adelantò, me ha hecho relacion de que aora queda muy cerca de aqui. *Eugen.* Por cierto, que pensè que havia venido, legun tu encarecimiento, algun Plenipotenciario con la paz del Universo.

Alonf. Mari Nuño?

Salen Mari Nuño, y Brigida.

Mari. Què me mandas?

Alonf. Aderecese al momento aqueste quarto de abaxo, estè aliñado, y compuesto.

Tù, Brigida, saca ropa de la escufada. *Brig.* Ya tengo un azafate, que pueden beber tu holandá los vientos. *Vanse.*

Alonf. Otañez?

Sale Otañez.

Otañ. Señor? *Alonf.* Buscad algo de regalo presto, para que coma en llegando: *Vase Otañ.* y à las dos, hijas, os ruego le agássajéis mucho, ved que es vuestra cabeza, y creo, que será la mas dichosa la que le tenga por dueño; pues será escudera suya la otra: así inclinar pretendo à Eugenia. *Eugen.* Yo de esta dicha pocas esperanzas tengo, que Clara es mayor.

Clara. Què importa, si es mas tu merecimiento?

Eugen. Falsedad conmigo, Clara?

Alonf. Ya en el portal hay estruendo, oid.

Dent. D. Toribio. Vive aqui un señor tio, que yo en esta Corte tengo, con dos hijas por mas señas, con quien à casarme vengo,

de dos la una, como apuesta?

Dent. Otañ. Esta es la casa. *Alonfo.* Yo creo, que es èl fin duda, llegad conmigo al recibimiento.

Torib. Y està acá?

Otañ. En casa està. *Torib.* Pues tèn esse estrivo, Lorenzo.

Sale Don Toribio con traje de camino ridiculo.

Eugen. Jesus, què rara figura!

Clara. Tù tienes razon, por cierto.

Eugen. Ay! que confintió mi hermana en murmuracion. *Alonf.* Contento, sobrino, y señor, de ver, que haya concedido el Cielo esta ventura à mi casa, salgo alegre à conoceros por mayor pariente de ella.

Torib. Pues bien poco haceis en esto, que en el Valle de Toranzos, desde tamañito, tengo el ser cabeza mayor à donde quiera que llevo.

Alonf. Llegad, ved que vuestras primas desean mucho conoceros, y han salido à recibirlos.

Torib. Razonables primas tengo.

Clara. Vos seais muy bien venido.

Torib. Tanto favor agradezco.

Alonf. Còmo venis? *Torib.* Muy cansado, que traigo un macho, os prometo, de tan mal asiento, que me ha hecho à mi de mal asiento.

Alonf. Mientras de comer os dàn, sentaos. *Torib.* No será mas bueno el trocarlo, y que me den de comer mientras me siento? pero por no ser porfiado, *Sientase.* que os senteis los tres os ruego, que yo de qualquier manera estoy bien. *Clara.* Lindo despejo.

Eugen. Esta es mi cabeza? *Clara.* Si.

Eugen. En aqueste instante creo, cierto, que soy loca, pues tan mala cabeza tengo.

Torib. Finalmente, primas mias, como digo de mi cuento, parece que sois hermosas, aora que caigo en ello, y tanto, que ya me pesa,

que seais à la par tan bellos Angeles. *Las dos.* Por què?

Torib. Porque:-

mas expliqueme un exemplo. Escriben los naturales, que puesto un borrico en medio de dos pienlos de cevada, se dexa morir primero, que haga del uno eleccion, por mas que los mire hambriento: yo así en medio de las dos, que sois mis mejores pienlos, no sabiendo à qual llegue antes, me quedarè de hambre muerto.

Alonf. O sencillèz de mi patria, ap- quanto de hallarte me huelgo!

Clara. Buen concepto, y cortesano.

Eugen. De borrico es por lo menos.

Torib. Mas remedio hay para todo: no ha de traerse, à lo que entiendo, tio, una dispensacion, por razon del parentesco, para la una? *Alonf.* Claro està.

Torib. Pues traigan dos, que yo quiero dar el dinero doblado: y de esta suerte, en teniendo para cada una la fuya, casarè con ambas. Pero ha, si, que se me olvidaba: còmo estais, saber dese, vos, y mis señoras primas?

Alonf. Muy alegre, y muy contento de ver mi casa, y mis hijas, y à vos, para que seais dueño del fruto de mis trabajos.

Torib. Effen, y mucho mas merezco: si vierais mi Executoria, primas mias, os prometo, que se os quitàran mil canas: vestida de terciopelo carmesì, y alli pintados mis padres, y mis abuelos, como unos Santicos de Horas: en las alforjas la tengo, esperad, irè por ella, para que veais que no os miento.

Salte Mari Nuño, y assustase Don Toribia.

Mari. La comida està en la mesa.

Torib. Ay, señor tio, què es esto?

traxisteis este animal de las Indias, que no creo, que es hombre, ni muger, y habla?

Alonf. Es Dueña.

Torib. Y es mansa? *Mari.* Ingenio cerril tiene el primo. *Eugen.* No es, sino tonto por extremo.

Alonf. Còmo queda vuestro padre, y su casa, saber quiero.

Torib. No me haga mal de hijodalgo de Comedias, si me acuerdo.

Mari. La mesa està puesta. *Torib.* Y dònde tenéis la mesa? *Mari.* Allà dentro.

Torib. No sè si lo crea. *Mari.* Por què?

Torib. Porque la instruccion que tengo, es, que no me crea de Dueñas; pero yo lo verè presto, perdonadme, que no soy amigo de sumplimientos. *Vase.*

Clara. Lindo primo, por mi vida.

Mari. El no es galàn, pero es puerco.

Eugen. Las guardas de peste, còmo entrar le dexaron dentro?

Alonf. De què estais tristes las dos?

Las 2. Yo de nada. *Alonf.* Ya os entiendo:

os havrà el esfilo, y trage defagradado; pues esto es lo mas, y lo mejor que tenéis, vereis quan presto le mejoran Corte, y trato. Los mas vienen así, y luego son los mas agudos; mas explicaros quan contento, y alegre estoy, no es posible, de ver que vuelva à mis nietos la casa de mis mayores.

Don Toribio, vive el Cielo, se ha de casar con la una, sin pensar la otra por esso, que no ha de casar con otro como èl: porque no quiero, que lo que à mi me ha costado tanta fatiga, y anhelos, me malbarate un mocito, que gaste en medias de pelo mas, que vale un mayorazgo.

Si viera por un sombrero de castor dar veinte, ò treinta reales de à ocho yo à mi yerno,

facados de mi sudor,
perdiera mi entendimiento:
y así, no hay que hablar, sino
persuadiros desde luego,
que éste, y otro como éste
han de ser esposos vuestros. *Vase.*

Clara. Primero pierda la vida.

Eugen. La vida no, mas primero
me quedare sin casar,
que es mas encarecimiento.

en una muger, al cabo
de tantos años de ausencia?
Hern. Dexale, que con su engaño
viva. *Felix.* Un Cortesano, que era,
decia, el engaño la cosa
que mas, y que menos cuesta.
Veamos estotro doliente
en què estado està, ya que esta
casa, de locos de amor
se ha buuelto convalecencia.

Sale Don Pedro.

Què hay, Don Pedro? buenos dias.

Pedro. Fuerza serà que lo sean,
recibiendolos de vos,
y en vuestra casa, por vuestra,
y por la dicha de estàr
mis esperanzas tan cerca.
No creeris quanto gozoso,
y ufano estoy de que sea
vuestra vecina esta Dama;
pues con esso, cosa es cierta,
que para verla, Don Felix,
dos mil ocasiones tenga:
y por no perder ninguna,
voy à esperarla à la puerta,
pues sin duda, que oy à Missa
havrà de salir por fuerza.

Felix. En ella Don Juan aguarda.

Pedro. Así se harà la deshecha
mejor, passeandonos todos:
vos, aunque llevaros quiera
à otra parte, no vais; pero
de suerte, que nada entienda.

Sale Don Juan.

Felix. Què haceis, Don Juan?

Juan. Esperaros,
para saber à què Iglesia
quereis que vamos à Missa.
De aqui no hagamos ausencia. *Al oido.*

Pedro. Lo mismo le decia yo,
vamos à donde os parezca.
No os vais, Don Felix, de aqui. *Al oido.*

Felix. De esta suerte facil fuera ap.
servir un hombre à dos amos,
mandando una cosa mesma.
Vuestrarcedes, Cavalleros
muy enamorados, piensan,
que no hay mas, que irse, y llevarme
cada qual à su querencia?

pues

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Juan, Don Felix, y Hernando.

Felix. Còmo haveis, Don Juan, pasado
la noche? *Juan.* Còmo pudiera,
Don Felix, en vuestra casa
sino muy bien, puesto que ella
de mi tristeza no tiene
la culpa? *Felix.* Pues què tristeza
es la que aora os aflige?

Juan. No sè como aora os la encarezca:
desde el instante que vi
essa divina belleza,
que aun en mi memoria vive,
à pesar de tanta ausencia,
todas aquellas cenizas,
que entre olvidadas pavesas,
aun no juzguè que eran humo,
llama han sido, de manera,
que conoci, que han estado
en ocioso fuego embueltas;
tibias, pero no apagadas,
calladas, pero no muertas,
no bolvi à verla ayer tarde,
porque no bolviò à la reja:
y así, oy con la esperanza
de que, siendo dia de fiesta,
no dexarà de salir,
he madrugado por verla:
à la puerta de la calle
voy à esperar, que amanezca
segundo sol para mi;
vos haced, por vida vuestra,
puesto que no importa al caso,
que nada Don Pedro entienda. *Vase.*

Felix. Havrà hombre tan necio, como
el que hallar memorias piensa

pues no, vive Dios, que oy se han de estar donde yo quiera, que quiero yo enamorar tambien un dia en conversas; y asi, hasta que mis vecinas falgan, y vamos tras ellas, para ver la que me toca festejar, pues cosa es cierta, que yo la que quiero mas, es la que tengo mas cerca, no se ha de ir de aqui ninguno.

Pedro. Por mi sea norabuena.

Juan. Por mi tambien. *Pedro.* Lindamente haveis hecho la deshecha con D. Juan. *Juan.* Bien con D. Pedro desmenido haveis mis penas.

Felix. Mas lo hago por saber *ap.* si es que es la Dama una mesma, y si es la que de las dos:—mas no prosiga mi lengua, que es tarde, para que à mi beldad alguna me venza.

Juan. Pues ya que quereis, Don Felix, que os asistamos, no sea tan de valde, que no os cueste el pagarnos una deuda, que nos debeis. *Pedro.* Es verdad, y es famosa ocasion esta, pues solo para hacer hora son las relaciones buenas.

Felix. Yo me huelgo, pues asi hablarè un rato siquiera, sin que à la mano me vayan con amor, zelos, y ausencia. Con el general contento, Madrid, digno à su fineza, à su lealtad, y su amor, oyò las felices nuevas de las bodas de su Rey; y mas, quando supo que era la divina Mariana:—

Juan. Tened, que dexar es fuerza otra vez la relacion para otra ocasion suspena.

Felix. Por què? *Juan.* Porque sale gente.

Felix. Quànto va, que se me queda la relacion en el cuerpo, y vienen otros à hacerla?

Pedro. Un criado es el que sale,

que à su amo, sin duda, espera. *Juan.* Bien podeis ya proseguir.

Felix. Digo, que en gozosa muestra del alegria de todos, pues todos juntos quisieran significar los afectos en regocijos, y fiestas; y aunque, como vos dixisteis, caminan con su pereza las dichas, y no es el gusto correo à toda diligencia: con todo esto, llegò el dia de saberse, que en Viena el Rey desposado estava remitiendole à que exerza sus poderes Ferdinando, Rey de Ungria, y de Bohemia, Ferdinando, inclito joven, en quien la sacra Diadema de Rey de Romanos, presto harà la eleccion herencia. El, pues, no del poder solo usò, mas de la fineza, con que sirviendo à su hermana, hizo de la Corte ausencia. Dexemos en el camino las dos Magestades, que esta no es la accion, que à mi me toca, ya que vos, con la agudeza de vuestro ingenio, dixisteis el aparato, y grandeza: y vamos à que Madrid desvelada, fiel, y atenta al servicio de sus Reyes, que es de lo que mas se precia, en tanto, que prevenia la usada lid de sus fiestas, combidò la mas illustre de la Española Nobleza, para una mascara, haciendo, ò acaso fue, ò diligencia à proposito de bodas, ceremoniosa la fiesta: porque si à la antigüedad rebolveis como en las nupcias aun menos illustres, que estas, con antorchas en las manos corrian tropas diversas,

à quien llamaban preludios,
 invocando la suprema
 Deidad del sacro Himenèo,
 à cuyas aras las teas
 sacrificaban, cantando
 Epitalamios, en prendas
 de que aquellos casamientos
 favorable à asistir venga.
 Y así, de la antigüedad
 tomando Madrid aquella
 parte festiva, y dexando
 la gentilica depuesta,
 usò el regocijo solo,
 mejorando ilustre, y cuerda
 el rito; pues que fue dando
 al Cielo gracias inmensas
 de sus dichas, cuyas voces
 variamente lisongeras,
 fueron el Epitalamio,
 que España cantò contenta
 en Musica, que es confusa,
 mas dulce, sino mas diestra.
 En toda mi vida vi
 tan hermosa tropa bella,
 como la mascara junta,
 quando al compàs de trompetas,
 clarines, y chirimias,
 empezaron à moverla
 los dos Polos, que de España,
 y de Alemania sustentan
 la Política; bien como
 dando generosas muestras
 de que Alemania, y España
 por todo el tiempo interesan,
 una en que tal prenda dà,
 y otra en que admite tal prenda.
 Bien quisiera yo pintarlos,
 pero aunque mas lo pretendia,
 no es posible, sino es
 que la retorica quiera
 en sus figuras prestarme
 el uso de sus licencias,
 cometiendo una que llaman
 tropo de profopopeya,
 que es quando lo no posible,
 baxo objeto de la idea,
 ò callando se imagina,
 ò hablando se representa.
 Porque sino es que finjais

allà en la fantasia vuestra
 baxar de purpura un monte,
 arder de plata una selva,
 y de selva, y monte luego
 formais un monitruo, que à fuerza
 de nuevo metamorfosis,
 todo en fuego se conviertas;
 no podreis imaginar
 como aquel peñasco era
 de luz, y nacar, y plata,
 en cuya abrasada selva,
 fueron las plumas las flores,
 y las hachas las estrellas.
 Tan iguales todos juntos,
 y cada uno, que no huviera
 pareja, que poder darle,
 si ellos mismos no se huvieran
 antes convenido à ser
 ellos mismos sus parejas.
 Quando del un puesto al otro
 corrian las tropas, eran
 disueltas exhalaciones,
 y desatados cometas.
 Tan hermosa fue la noche,
 que el dia entre pardas nieblas
 sucediò por muchos dias,
 la faz de nubes cubierta,
 llorando lo que llovía,
 ò de embidia, ò de vergüenza.
 Hasta que desempeñada
 viò su luz con la belleza
 del dia que viò la Plaza
 para los Toros dispuesta;
 porque aunque su hermoso circo
 siempre ha sido heroica afrenta
 de quantos Anfiteatros
 Roma en ruina nos acuerda;
 nunca con mas causa, pues
 nunca se viò su grandeza,
 à fuer de Dama, ni mas
 despejada, ni mas bella:
 pues què quando viò que à tropas
 ocupaban la palestra
 de los lucidos criados
 las adoradas catervas,
 como à su triunfo traxeron
 los grandes Heroes, que en ella
 la suerte han hecho precisa,
 por quien ya el acaño dexa

de ser acafo , pues ya
no viene à ser fino fuerza
el que ha sacado al acierto
del nombre de contingencia.
A ninguno he de nombraros,
y es justo , que no quisiera,
que haviendo ya tantas plumas
pintado à sus excelencias,
los deslucieffen aora
cortedades de mi lengua.
Solo os dirè , que no huvo
bruto , que armada la testa,
la piel manchada , arrugado
el ceño , hendida la huella,
dilatado el cuello , el pecho
corto , la cerviz inhiesta,
de una vez escriba osados
caractères en la arena,
como quien dice , esta es,
ò vuestra huella , ò mi huella,
que no fuesse triunfo facil
del primor , y la destreza,
de que el mas hidalgo bruto,
sobervio con la obediencia,
docil con la lozania,
sus amenazas desprecia
al tacto del acicate,
ò al aviso de la rienda:
pues ya el asta , y ya la espada,
en ambas acciones diestra,
airosamente mezclaban
la hermosura , y la fiereza.
Feliz acabò la tarde,
quedando Madrid contenta
con ella , y con la esperanza
de que sus dichas se acercans
y así , solo en prevenciones
desde entonces se desvela,
porque siendo , como es
la Corte el centro , y la esfera,
que ha de merecer lograrla
mas suya , desaire fuera,
haviendo de passo tantas
Ciudades hechola fiestas,
exceder ella en las dichas,
y las otras en finzas:
y mas estando à su aplauso
las Naciones Estrangeras,
à de embidiosas pendientes,

ò de curiosas atentas.
Y así la prolixidad
de las horas de la ausencia
gastò solo en disponer
aparatos , que aora es fuerza,
que yo remita à mejor
pluma , que nos los refiera,
diciendo aora solamente,
que la señora Condesa
de Medellin , de Cardona
ilustre familia excelsa,
à Denia fue à recibirla
como Mayor Camarera,
à donde esperò hasta el dia
de la deseada nueva
de que ya su Magestad
(que Dios guarde) estaba en Denia:
aqui el señor Almirante,
à darla la enhorabuena
de parte del Rey saliò,
y aunque saliò à la ligera,
fue con aquel lucimiento
digno , à ser quien es , que fuerz
en su Excelencia muy tibia
la disculpa de la priessa.
De deudos , criados , y amigos
fue el sequito de manera,
que , à no hacer particular
eleccion , pienso que fuera
dexar sin gente à Castilla,
que de un Almirante de ella,
quien de ser deudo , ò amigo,
ò criado se reserva ?
O felice Casa , à donde
entre todas tus grandezas,
el afecto es patrimonio,
y lo bien visto es herencia!
En este intermedio , pues,
hizo Madrid diligencias
mas efectivas , en orden
à que todo se prevenga
con magestad , y aparato,
para la entrada à la Reyna,
asistida dignamente
del que tio la festeja,
del que esposo la merece,
del que amante la celebra;
poniendo à sus pies dos Mundos,
pues como Quarto Planeta,

quanto ilumina, la postra,
 quanto dora, la sujeta,
 coronandola tres veces,
 esposa, sobrina, y Reyna.
 Con que hasta el felice dia,
 que nuestros ojos la vean
 entrar triunfante en su Corte,
 mi relacion se suspenda,
 divertida en la esperanza
 de que generosa venga
 à ser fin de nuestras ansias,
 termino de nuestras penas,
 logro de nuestros deseos;
 y à par de las dichas nuestras,
 con felice succession
 nos viva edades eternas.

Juan. La relacion con el tiempo
 se ha medido de manera,
 que acabarla, y salir gente,
 ha sido una cosa mesma.

Pedro. Si, mas no la que esperamos.

Felix. No, porque es el padre de ellas.

Juan. No le conoci hasta aora, ap.
 que en mi tiempo estaba fuera.

Pedro. Nunca hasta aora le vi, ap.
 que yo siempre amè en su ausencia.

Juan. Quièn es el que con èl viene?

Hern. Yo podrè dar esta cuenta:
 es un sobrino Asturiano,
 con quien el padre desea
 casar una de las dos.

Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Juan. Quiera el Cielo, que no sea ap.
 la novia la que yo adoro.

Pedro. Plegue à Dios, que no sea Eugenia,

Felix. Pafleemonos. *Torib.* Como digo,
 què hacen, tio, à nuestra puerta
 estos mocitos? *Alonf.* No estan
 en la calle: què os altera?

Torib. En la calle de mis primas,
 sin mas, ni mas se paflean?

Alonf. Pues por què no? *Torib.* Porque no
 me ha de haver pafleante en ella,
 ni piante, ni mamante;
 y mas estos de melena,
 que Filenos de golilla,
 de candil, y vigotera;
 andan cerrados de sienes,
 y transparentes de piernas.

Alonf. Què hemos de hacer, si son
 vecinos? *Torib.* Que no lo sean.

Alonf. Còmo si tienen aqui
 sus casas? *Torib.* Que no las tengan.

Felix. Fuerza es hablarle: yo llego.

Juan. Pues buena ocasion es esta.

Felix. Dadme, señor Don Alonso,
 aunque de passo, licencia
 para besaros la mano,
 y daros la enhorabuena
 de haver al barrio venido,
 que aunque escusarlo debiera
 hasta estàr en vuestra casa,
 y visitaros en ella,
 el alborozo de ver,
 que tan buen vecino tenga,
 dilatar no me permite,
 que à su servicio me ofrezca.

Juan, y Pedro. Todos lo mismo decimos.

Torib. Què ceremonia tan necia! ap.

Alonf. Guardaos Dios, por la merced
 que me haceis, que si supiera
 la dicha de mereceros
 tantos favores, hubiera
 cumplido mi obligacion,
 visitandoos en la vuestra.
 Conoced à mi sobrino,
 que quiero que desde oy sea
 vuestro servidor. *Torib.* Yo havia
 de ser alhaja tan puerca?

Alonf. Esta es accion cortefana.

Torib. Mas me huele à Corte enferma.

Alonf. Llegad, Don Toribio, ved,
 que estos señores esperan
 conoceros. *Juan.* En nosotros
 tendreis à vuestra obediencia
 oy amigos, y criados.

Torib. Guardaos Dios, por la fineza.

Felix. Venis con salud? *Torib.* Al Cielo
 gracias, ni mala, ni buena,
 sino asì asì, entreverada,
 como lonja de la pierna.

Alonf. Mas de espacio besarè
 vuestras manos: dad licencia.

Felix. Vos, la teneis. *Alonf.* Don Toribio,
 venid. *Torib.* Aquí te los dexas?

Alonf. Què he de hacer?

Torib. Yo lo sè. *Alonf.* A dònde
 vais? *Torib.* A dar à casa buelta.

Alonf. A què? *Torib.* A decir a mis primas, que en todo oy no salgan fuera.

Alonf. Han de quedarse sin Missa?

Torib. Que dificultad es essa? mi Executoria les basta para ser Christianas vijas.

Alonf. Jesus, y què disparate! venid, venid, no lo entiendan estos hidalgos. *Torib.* Por Dios, que si por mi voto fuera, no havian de salir de casa, quifieran, ò no quifieran. *Vanse.*

Felix. No sè còmo fue posible:-

Juan. Què? *Felix.* Que la rifa detenga, viendo al primo. *Pedro.* Què figura tan rara! *Juan.* Extraña presencia de novio! *Hern.* Ya las dos salen.

Salen Doña Clara, y Doña Eugenia con mantos, Otañez delante, Brigida, y Mari Nuño detrás.

Felix. Desde aqui podremos verlas como acafo. *Clara.* Echate el manto, que hay gente en la calle, Eugenia.

Eugen. Què he hecho yo, para no andar con la cara descubierta?

Otañ. Tomad, luego la faltàra à la hermanica respuesta.

Mari. Callad, que no os toca à vos hablar en estas materias.

Brig. Ni à vos en estas, ni essotras, y hablais en essotras, y estas.

Felix. Passemos aora al descuido.

Juan. O permita Amor, que en ella, al verme, estèn sus memorias, *ap.* ya que no vivas, no muertas.

Pedro. O plegue à Dios, que se obligue de ver que he venido à verla. *ap.*

Clara. Advierte, que llega gente.

Eugen. Y bien, la gente que llega, què se lleva por llevarse *Saca un lienzo.* àzia allà esta reverencia?

Mas, Cielos, què es lo que miro! *ap.* Don Juan es, ya de su ausencia

debió de cessar la causa, y no es mi duda sola esta, sino estàr con èl Don Pedro:

aquesta es la vez primera, que ha sido por ignorancia amiga la competencia.

re. ix. Qual es de las dos, Don Juan, la que tanto amor os cuesta?

Juan. La del pañuelo en la mano: no bolvais tan presto à verla, no advierta, que de ella hablamos: y porque tampoco advierta Don Pedro mi turbacion, voy à esperarla à la Iglesia: quedaos vos con èl. *Vase.*

Felix. Sì harè.

Don Pedro, quèl es de aquellas?

Pedro. La que en la mano un pañuelo, descubierta và, es Eugenia: no bolvais tan presto, no conozca que hablamos de ella: quedaos, que porque no dè mi amor à Don Juan sospecha, tràs èl voy. *Vase.*

Felix. Ya sè, à lo menos, que la Dama es una mesma.

Clara. Sin pañuelo me he venido, el tuyo, hermana, me presta, que ir tapada me congoja.

Dale Doña Clara el pañuelo, y destapase.

Eugen. A mì el venir descubierta, pues por si fue encuentro acafo, que me hayan visto me pesa. *Tapase.*

Felix. Ya puedo ver, pues que tengo nombre, seña, y contra seña, quèl es la Dama que adoran.

Clara. No à mirar el rostro buelvas.

Eugen. Jesus, y què condicion! lastima es, que no seas suegra, segun te pudres de todo. *Vanse.*

Felix. O quanto he sentido verla! que aunque estoy con el cuidado de que aquesta competencia, el dia que se declare, ha de parar en pendencia; siendo la Dama una misma, ya para mì se acrecienta, ver, que de las dos ha sido, aunque entrambas son tan bellas, la què me lo pareció mas, quando la vez primera vi à las dos en la ventana; pero esto aora no es de essencia, que yo acabarè conmigo, que mi honor à mi amor venza,

fino acudir à estorvar,
que à defengañarse vengan,
en tanto, que yo à la mira
discurro de què manera
entre dos amigos, que hacen
de mi confianza, deba
prevenir el lance, haciendo
à su estorvo diligencia. *Vase.*

Salen Don Toribio, y Don Alonso.

Alonf. A què bolveis aqui? *Torib.* A què
he de bolver, pese à mi,
fino à escombrarlos, si aqui
estàn los, que aqui dexè?

Alonf. Pues què os vâ en esso?

Torib. Què mas
quereis que à un hidalgo vaya,
que vèr que holgazanes haya,
à donde hay primas? *Alonf.* Jamàs
tan necia locura vi:

en Madrid quièn reparò
si hay gente en la calle? *Torib.* Yo.

Alonf. Y vos por què? *Torib.* Porque si.

Alonf. Aun bien, que se han ausentado,
y ya nadie aqui se vè.

Torib. Acertaronlo, porque
venia determinado.

Alonf. Pues què era vuestra intencion?

Torib. Solo vèr si la anchicorta,
como en caperuzas, corta
en sombreros de castron.

Alonf. Vos què teneis que temer,
para llegar à esse extremo?

Torib. Mucho tengo, y nada temo,
que desde que lleguè à vèr
de mis primas los dos cielos,
si verdad digo, señor,

tengo à Eugenia tanto amor,
que aun los hombres me dâ zelos.

Alonf. Aunque essas cosas me dâ
enfados, he agradecido,
que os entreis à ser marido,
por las puertas de galàn:
pero ha de ser con cordura,
que zelos no ha de tener
un hombre de su muger.

Torib. Pues de qual, de la del Cura?

Alonf. Dexad delirios, por Dios,
y baste saber de mi,
si Eugenia la que aqui

os agrada de las dos,
que Eugenia vuestra serà:
que es lo que yo deseaba. *ap.*

Torib. Con esso el rencor se acaba,
que el verlos aqui me dà
à nuestra calle bolver
en tanta conversacion.

Alonf. Pues yo la dispensacion
harè al instante traer:
venid aora, que quiero
ganar las albricias yo
de ser la que pefiriò
vuestro amor. *Torib.* Oid pri mero:
la dispensacion, señor,
de Roma no ha de venir?

Alonf. Por ella à Roma se ha de ir.

Torib. Pues siendo asì, no es mejor
abreviarlo de otro modo?

Alonf. Què modo? *Torib.* Uno que yo sè.

Alonf. Què es? *Torib.* Desposarnos, y que
vamos à Roma por todo. *Vanse.*

Salen Don Felix, y Don Juan.

Felix. Yo estimo la confianza.

Juan. Pues habiendo reparado,
que al verme el color mudado,
hizo su rostro mudanza,
que no la hizo, sospecho,
su amor, y que està constante,
porque es el rostro bolante
del relox que anda en el pecho.
Y asì, pues que solo ha sido
mi dicha el haver llegado
donde de vos amparado
sea amor tan bien nacido;
lo que haveis de hacer por mi,
puesto que entablada ya
la amistad del padre està,
es proseguir desde aqui.
De suerte, que con entrar
vos en su casa, me dè
ocasion Amor, en que
pueda escribir, vèr, y hablar.

Felix. En buen empeniõ de amor *ap.*
estoy, pues en lance igual,
si à un amigo soy leal,
soy à otro amigo traidor.

Juan. No me respondeis? *Felix.* No sè
que os diga, Don Juan, pues no
soy hombre tan baxo yo,

que ocasion procuraré
con nadie para engañarle.

Juan. Qual es mi amigo mayor?

Salé Don Pedro.

Pedro. Don Felix, si de mi amor:-

Felix. Que profiga he de estorvarle. *ap.*

A buen tiempo haveis venido,
y luego profeguireis
lo que decirme quereis,
que quiero, que prevenido
de una porfia en que estamos,
seais Juez. Así, vive Dios, *ap.*
tengo de hablar con los dos.

Pedro. El argumento esperamos.

Felix. Si un grande amigo os pidiera,
que travasséis amistad
con hombres de calidad,
para que fuesse tercera
en su casa de su amor,
hicieraislo vos? *Pedro.* Yo sí.

Felix. Yo no. *Pedro.* Por qué?

Felix. Porque en mi
fuera elcrupulo traidor;
pues el dia que llegàrà
de traicion à que otro fuera
mi amigo, preciso era,
lo lograrà, ò no lograrà.
Si no lo lograrà, en qué
à mi amigo le servia?
y si lo lograrà, hacia
una gran ruindad; porque
el que se engañado de mi,
se daba ya por mi amigo,
ya lo era, y yo su enemigo,
es cierto; pues siendo así,
còmo es possible que yo
sea enemigo del que ya
por mi amigo se me dà?
luego si en no serlo no
es nada lo que consigo,
y en serlo consigo, ser
su amigo y còmo he de hacer
yo traicion al que es mi amigo?

Pedro. Siendo essa vuestra opinion,
ya no os tengo que decir. *Vase.*

Juan. Yo tampoco, y havré de ir
à buscar otra ocasion. *Vase.*

Felix. Havrà de dicha mayor?
que no me baste el amar, *ap.*

para saberme librar
de imperiencias de amor?
Què harè entre uno, y otro amigo,
que cada uno en su esperanza
hace de mi confianza?
pues nada enmendar consigo,
viendo tan cerca à los dos
de la Dama, què podrè
de mi parte hacer? no sè
que haya medio, vive Dios,
si ya no es que à vèr alcance
que las Damas solas son
las que en qualquiera ocasion
hacen bueno, ò malo el lance.
Mas còmo podrè atrevido
hablar en materia tal
à una muger principal,
ni darme por entendido?
Cara à cara he de saber,
si à los dos quiso, ò no quiso,
pero hasta dar el aviso,
un papel lo podrà hacer,
que à su opinion no se atreve
quien por salvar su opinion,
la advierte de una ocasion:
Aora falta quien le lleves;
pero hà de faltarme modo,
fin que lo llegue à fiar
de otro, de poderle dar?
Aora bien, salir à todo
me toca, haciendo testigos
los Cielos, que aventurar
yo un empeño, es por facar
de otro empeño à dos amigos. *Vase.*

*Salen Doña Clara, Doña Eugenia, Brigida
y Mari Nuño.*

Clara. Tèn, Mari Nuño, este manto:

ò quien en casa tuviera
Capellan, para no ir fuera,
y mas à concurso tanto.

Eugen. Mucho me holgàrà venir
aora de buen humor,
para poder con mejor
título, que tù, decir:
quien la Parroquia tuviera
diez leguas, para tener
mas que andar, y mas que ver.

Mari. Atengome à la primera.

Brig. Yo à la segunda. *Mari.* Por qué?

Brig. Porque no he visto en mi vida escrupulosa aturdida, que al primer lance no dè de ojos. *Vanse las dor.*

Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Alonf. En tu quarto espera, que yo la llegarè à hablar.

Torib. Si harè: desde aqui escuchar lo que responde quisiera.

Quedase Don Toribio al paño.

Alonf. Saber que à Eugenia eligiò, ha sido ventura estraña; llevesela à la montaña, porque lo menos que yo en la Corte he menester, es una hija discreta, Retorica, ni Poeta, y no de mal parecer.

Eugenia, yo vengo à hablarte, no tienes, Clara, que irte, que albricias he de pedirte del pesame que he de darte.

Eugen. Albricias à mi, señor?

Clara. Pesame, señor, à mi?

Alonf. Pesame, y albricias, si.

Las 2. De què? *Alonf.* Efectos son de amor:

Don Toribio enamorado me ha dicho quanto desea, que Eugenia su muger seas; y aunque ponerte en estado à ti, por ser la mayor, primera obligacion era, èl elige de manera, que del gozo, y del dolor, pesame tuyo à ser passa, oy tu parabien, por ver que pierdes, y ganas ser la cabeza de tu casa.

Clara. Aunque pérdida es penosa, yo estimo, que el bien posea Eugenia, para que sea mi hermana la venturosa, feriendo el pesar à precio del parabien que la doy: gocese mil años. Oy *ap.* solo hizo gusto el desprecio. *Vase.*

Torib. Què triste vè de perderme la escudera de su hermana! veamos ella què usana

responde de merecerme. *ap.*

Eugen. Esto solo me faltaba de añadir (confusa estoy!) à las novedades de oy.

Alonf. Què me respondes? acaba de dudar. *Eugen.* Que agradecida una, y mil veces, señor, rindo por tanto favor à tu obediencia mi vida:

que aunque no me toca à mi elegir, pues no he de hacer nunca mas, que obedecer, harè mal, si viendo en ti gusto, en mi primo amor fiel, no respondo agradecida.

Mal haya mi alma, y mi vida, si me casare con èl. *ap.*

Alonf. No en vano esperaba yo de tu mucho entendimiento, Eugenia, esse rendimiento.

Torib. Yo tambien. *Alonf.* El esperò en su quarto, y ganar quiero con èl las gracias tambien. *Vase.*

Torib. Que à mi las gracias me den serà mas razon. *Eugen.* Oy muero, pues tràs mis penas, he sido objeto de un ignorante.

Torib. Què airoso sale un amante quando està favorecido! *Sale.* Sea muy enhorabuena

el ser, prima, tan dichosa, que merezcais ser mi esposa.

Eugen. Esto faltaba à mi pena. *Bueve Doña Eugenia la espaldas.*

Torib. Por què adorandome:— *Eugen.* Ay Dios!

Torib. Me desadorais? *Eugen.* Porque si antes con mi padre hablè, aora he de hablar con vos. Señor Don Toribio, yo, por no responder aqui resuelta à mi padre, di una palabra, que no he de camplir, si supiera perder mil veces, rendida à sus enojos, la vida. Y siendo de esta manera, que no he de casar con vos, de la eleccion desistid,

que

que haveis hecho, y advertid,
que estamos solos los dos:
y si de lo que aqui os digo,
algo à mi padre decís,
he de decir, que mentís.

Torib. Còmo se habla esto conmigo,
escudera de mi casa,
ingrata, desconocida,
falsa, alevè, y fementida?

Eugen. No deis voces, que esto passa
entre los dos, y no es, no,
para que salga de aqui.

Torib. Vos no sois mi prima? *Eugen.* Si.

Torib. No soy vuestro esposo? *Eugen.* No.

Torib. Decidme, no soy galante?

Eugen. No lo dudo. *Torib.* Y entendido?

Eugen. Pues no? *Torib.* Hidalgo?

Eugen. Cierto ha sido.

Torib. Airoso?

Eugen. Mucho. *Torib.* Y amante?

Eugen. Tambien.

Torib. Pues de mis cuidados
en què estrivan mis desvelos?

Eugen. Preguntadse lo à los Cielos,
à los Astros, y à los hados,
que no inclinan mi alvedrío.

Torib. Pues en algo està el bufilís.

Eugen. En que vos no teneis filis,
para ser esposo mio. *Vase.*

Torib. Còmo què filis no tengo?

tal à un hombre se le dice,
que tiene un solar, con mas
de tantísimos de filis,
que no hay otra cosa en èl,
por do quiera que se mire,
fino filis como borra?

Que aunque yo què es no adivine,
bien lo puedo asegurar,
pues siendo algo que sea insigne,
es preciso que no dexé
de estàr allà entre mis timbres.

A mi, que filis no tengo?

esto los Cielos permiten?

esto consienten los hados?

prima, ved lo que dixisteis,
mas filis tengo, que vos.

Sale Don Alonso.

Alonf. A dònde, sobrino, os fuisteis?
quando os busco para daros

mil norabuenas felices
de que vuestra prima ya
agradecida, y humilde,
sabiendo vuestra eleccion,
no hay cosa que mas estime.

Torib. Mi prima, si es que es mi prima,
es una muger terrible,
con todos sus aderezos
de srena, aspid, y esfinge:
aqui me ha dicho una cosa,
que no pudiera decirse
à un Barquillero Asturiano
de los de quite, y desquite.

Alonf. A vos? *Torib.* En toda esta cara.

Alonf. Fuerza serà que me admire:
què fue? *Torib.* Que filis no tengo;
y para que se averigue
si los hombres como yo
tienen, ò no tienen filis,
por no obligarme à retarla
en estrangeros Países,
haced que me compren luego
quantos filis sean vendibles,
y cuesten lo que costaren.

Alonf. Esta es locura terrible.

Torib. Tan caros son? pues no importa:
donde se venden, decidme,
ò yo lo preguntaré,
que bolver no se permite
à su vista, hasta bolver
todo cargado de filis. *Vase.*

Alonf. Ay delirio semejante!
sobrino, escuchad, oidme.

Salen Doña Clara, y Doña Eugenia.

Clara. Què es esto? con quièn das voces?

Eugen. Con quièn te enojas, y riñes?

Alonf. Contigo, ingrata. *Eugen.* Conmigo,
el dia que mas humilde
solo trato obedecerte?

Alonf. Ven acá, què le dixiste
à tu primo, que enojado
no hay quien con èl se averigue?

Eugen. Yo à mi primo? en todo oy
ni le hablè, ni vi. *Alonf.* Què dices?

Eugen. Lo que es cierto. *Alonf.* Vive Dios,
si disimulada finges,
y es verdad que le has hablado
bachilleramente libre,
que te he de hacer:— tràs èl voy,
por

por si puedo reducirle
à que no ande preguntando
à donde se venden filis. *Vase.*
Eugen. Yo à mi primo, què pudiera,
que fuesse ofensa, decirle?
Clara. No te disculpes conmigo,
pues sè, aunque no lleguè à oirte,
que perderàs tu remedio,
solo por decir un chiste.
Eugen. Aunque effo de mi remedio
con falsedad me lo dices,
lo oigo yo como lisonja,
viendo, que hasta un tonto, un simple
aun el alma, que no tiene,
à mi vanidad la rinde.
Clara. Què quieres decirme en effo?
que nadie hay que à mi se incline,
neciamente imaginando
que à meritos me compites?
pues no es, sino que no hay nadie
que sin respeto me mire,
porque sè yo hacer que todos
de otra manera me estimen,
que à ti, siendo solamente
lo que à las dos nos distingue,
el verte à ti no sè como,
pero à mi como à imposible.
Eugen. Ay que no es effo. *Clara.* Pues què?
Eugen. Obligaràsme à decirte
lo que à mi primo.
Clara. Què es? *Eugen.* Que
tampoco tù tienes filis. *Vase.*
Clara. No lo diràs, porque yo
à responder no me obligue,
que quando:- pero què miro?
quien hay que esta quadra pise,
para estorvar el que lleguen
mis enojos à sus fines? *Sale D. Felix.*
A quien buskais, Cavallero?
Felix. Ay amistad! pues que vine *ap.*
à hacer por ti una fineza,
no à una infamia me inclines;
pues vì hermosura, à quien mal
mi libertad se resiste!
Viendo à vuestro primo ir fuera,
à quien vuestro padre sigue,
me atrevi à llegar à hablaros.
Clara. A mi? *Felix.* A vos.
Clara. Hombre, què dices?

à mi a hablarme? *Felix.* Si señora,
porque sè que en esto os sirve
mi deseo, y no os ofende.
Clara. Plegue à Dios, que no me obligue
una necia à que me huelgue
de que:- pero no es posible.
Al piño Eugenia.
Eugen. Con quien hablarà mi hermana?
desde aqui es bien que lo mire.
Clara. A mi, dexadme dudar lo
mil veces (mal reprimirme
puedo) me buskais? *Felix.* A vos.
Clara. Pues antes que oseis decirme:-
Eugen. O si fuera algo de aquello
de posible, y de imposible.
Clara. Quien sois, y què me quereis,
que os vais, es bien que os suplique,
sin decirlo, que à mi nada
hay que à buscarme os obligue.
Felix. Sin deciroslo, me irè,
si en effo mi pecho os sirve,
mas no sin que lo sepais,
que en este papel se escribe,
para que con esto llegue
à saberse, sin decirse.
Eugen. O si tomàra el papel,
porque huviera que decirle.
Felix. Tomad, y à Dios. *Clara.* Yo papel?
Felix. Y porque verle os anime,
solo os dirè, que el honor
vuestro en leerle consiste,
que Don Pedro, y que Don Juan
no arriesguen, y precipiten,
no digo su vida, que esse
es peligro muy humilde,
sino vuestro honor, que fuera
pèrdida mas infelice.
Eugen. Si toma el papel, soy muerta.
Clara. Hombre, mira lo que dices,
ni à ti, à Don Juan, ni à Don Pedro
conozco yo. *Eugen.* Ay de mi triste!
que todo esto sobre mi
viene, si el papel recibe,
mas por engaño la habla.
Clara. Que sola una vez que quise *ap.*
yo no ser yo, no he podido!
Què aguardas, pues, para irte?
Felix. Ya que tan desentendido
vuestro decoro porfise,

y agradecer no pretenda
la fineza de que os dixé
mi empeño, y el de los dos;
ya que lo que debò hize
à amigo, y à Cavallero,
me iré: à Dios.

Clara. No os vais, oidme:
sin duda, que aquí hay engaño, *ap.*
y así es bien que le averigüe.
Con quièn presumís que habláis,
porque la fineza estime?

Felix. No sois Doña Eugenia? *Clara.* Si.
Eugen. Ay muger mas infelice!
Clara. Dadme aora el papel, y à Dios.
Eugen. Que le dexé, es bien que evite,
baraxando el lance. Hermana? *Sale.*

Clara. Què tienes? de què te afliges?
Eugen. Mi padre, y mi primo vienen,
y porque tú no peligras,
vengo à avisarte, que yo
ya tú ves quanto estoy libre,
mira lo que hemos de hacer.

Felix. Quièn vió empeño tan terrible?
Clara. Què se ha de hacer, sino que entren,
y que todo se averigüe?
para que no quedés vana
tú de que por mí lo hiciste:
padre, señor? primo? Otañez?
Eugen. Si fuera cierto el venite,
muy buen lance huviera echado.

Clara. No hay nadie que pueda oirme?
Dentro D. Alonso. Voces dà Clara.
Eugen. Ay de mí!
que va es verdad lo que dixé
por fingimiento. *Clara.* Llegad
todos. *Eugen.* No à voces publicques,
que està aqui este hombre.

Clara. Si quiero.
Felix. Aquí es bien que me retire,
por assegurar la espalda. *Escondese.*

*Salen Don Alonso, Don Toribio, Brigida,
Mari Nuño, y Otañez.*

Todos. Què es esto?
Clara. Que un hombre:-- *Eugen.* Ay triste!
Clara. Dentro està de nuestra casa;
yo desde aquellos jardines
le he visto en el corredor,
del delvàn por un tabique
saltó, subid allà todos,

quedarle no solícite
à robarnos esta noche.

Alonf. Aqueellos seràn sus fines.
Mari. En casa de Indiano, quièn
duda, que esto solícite?

Torib. Nadie primeró que yo,
el primer escalon pise,
què à mí me toca el asfalto,
si fuesse el desvàn Mastrique;
vea mi prima, que tengo
pujanza, ya que no filis. *Vase.*

Alonf. Contigo voy. *Clara.* Subid vos,
Otañez. *Otañ.* Ya à los dos figuea
los filos de la tizona;
conmigo vån dos mil Cides. *Va.*

Clara. Vosotras desde allà dentro
ved, que entrar no solícite
por otra parte à esconderse.

Mari. Un Argos ferè. *Vase.*

Brig. Yo un lince. *Vase.*

Clara. Todas tus bachillerias
mira de lo que te sirven,
que al primer lance te pasmas,
y al primer susto te rindes:
ya tienes franca la puerta,
hombre, ya bien puedes irte,
dexame el papel, y à Dios.

Salen Don Felix, y la dà un papel.

Felix. El os guarde; y pues dificil
no es lo que os advierto, ved
lo que importa. *Eugen.* Ay de mí triste!
que no pudieffe estorvarlo! *ap.*

Felix. Amor, no me precipites,
que aunque ing nio, y hermosura
todo en ella se compite,
es Dama de mis amigos,
y adorarla es imposible. *Vase.*

Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Clara. Señor, ya el hombre à otra ca
passado ha, no solícites
buscarle. *Alonf.* Forzoso era,
pues no fue hallarle posible.

Torib. Nigromantica es su dicha,
pues me le ha hecho invisible.

Clara. Digo, que passó à otra casa
que yo le vi sano, y libre.

Alonf. Con todo esto, à verla toda
vamos. *Torib.* Y aora què dices?
tengo, ò no, filis? *Vanse.*

Eugen.

Eugen. No sé,
que aora no estoy para filis.

Clara. Esto, necia presumida,
he hecho para que mites,
que tener valor, è ingenio,
es tenerle, y no decirle;
y vete de aqui, que quiero
vèr lo que el papel me dice.

Eugen. No foflegaré (ay de mi!)
hasta vèr lo que la escribe. *Vase.*

Clara. De aqui la embiè, porque
si este hombre este engaño finge
para escribirme à mi, ella
no lo entienda, ni imagine.

Lee. No se atreve à vuestro honor
quien por vuestro honor se atreve
à presumir, que os obliga
con lo mismo que os ofende:

y así, en esta confianza
de pensar que errando acierte,
lo que hay que culparme vaya
por lo que hay que agradecerme.

Don Juan mas enamorado,
que fue de vos, de vos buelve,
y Don Pedro os sigue, mas
fino, quanto mas ausente.

Que dexen de declararse,
no es posible, ni que dexen
de remitir al acero

la competencia, de suerte,
que à dar escandalo pafse;
y pues podeis facilmente
remediarlo, con mandar

à Don Pedro que se ausente,
ò à Don Juan que se retire,
quedandoos vos dueño siempre

del desdèn, y del favor,
quidad el inconveniente,
que à mi el aviso me toca,

procediendo de esta suerte
con vos, conmigo, y con ellos,
Cavallero, amigo, y huésped.

Repres. Valgame Dios, què de cosas
tan varias, tan diferentes,
en un punto me combaten,

y en un instante me vencen!
En lo que dice, y no dice,
es muy cierto que me ofende

este papel, es verdad,

que si aqueste papel viene
à hacer, que quando pensaba
que el papel para mi fuesse,
solicitando aquel medio,
que me ha obligado à leerle,
he sentido que no sea
su intento aquel, sino este.
Còmo puedo yo decirlo,
sino es ya que en mi rebiente
no sè què callada mina,
què Amor en el alma enciende?
Amor dixè, pues no siento,
sino haver tan neciamente
persuadidome, que à mi
me buscasse; y es de fuerte
la vanidad de una Dama,
persuadida à que la quieren,
que aunque la ofenda el amor,
mas el engaño la ofende:
y mas quando està à la mira
una necia, una imprudente,
una loca:—

Al paño Eugen. Esta soy yo.

Clara. De tan vanas altiveces,
que presumo, que ella sola
todo quanto mira vence.

O embidia, ò embidia! quàn to
daño has hecho à las mugeres!
pues por vengarme de Eugenia
diera:— *Sale Doña Eugenia.*

Eugen. En què Eugenia te ofende,
para pensar à tus solas
el còmo de ella te vengues?

Clara. Esse papel te lo diga,
que acafo à mis manos viene
por las tuyas. *Eugen.* Ya lo sè.

Clara. Pues si lo sabes, y tienes
tan à riesgo tu opinion,
que estriva solo en que lleguen
à declararse dos hombres:

mira si es justo que piense
còmo he de vengar, ingrata,
falsa, atrevida, y aleve,

la ocasion en que:—
Eugen. Oye, aguarda,
que para que consideres
tanta amenazada ruina

quan facil remedio tiene,
me huelgo de haver venido

à esta ocasion: *Llegase à una reja.*

Clara. Pues què emprendes?

Eugen. Señor Don Pedro?

Clara. Què haces?

Eugen. Hablar un instante breve

à un Cavallero, que està
en la calle.

Clara. A esto te atreves?

Eugen. Si, que en su quarto mi padre

està ya con su accidente

de la gota, que oy le ha dado,

y Don Toribio no puede

ver delde el suyo esta reja,

y así he de satisfacerte.

Señor Don Pedro?

Llega por dentro Don Pedro à la reja.

Pedro. Bien fue

menester oir dos veces

mi nombre, para que alguna

creyera, que de èl se acuerde

vuestra memoria, que un triste

no cree su bien facilmente.

Eugen. No profigais, que esta reja

es de otras tan diferente,

quanto hay de no serlo, à ser

àora de las paredes

de mi padre, y si allí pudo

la seguridad hacerme

usar de algunas licencias,

mi honor prisionera tiene

su libertad ya, y tan otra

haveis de ver que procede,

quanto hay de que otros me guarden

à guardarme yo: así, hacedme

merced de bolveros luego

donde otra vez no os encuentre,

ni en mi calle, ni en mi reja,

suplicandoos, que prudente

deis de mano à una esperanza,

que no hay sobre que se asiente.

Pedro. Oid.

Eugen. Perdonad, que no puedo.

Pedro. Quando por veros:-

Eugen. Ha: eisme

ser, sobre ingrata, grossera.

Pedro. Vos? *Eugen.* Si.

Pedro. Còmo?

Eugen. De esta suerte. *Cierra la reja.*

Clara. Y al otro què has de decirle?

Eugen. Haz cuenta, que si le viere,

le dirè lo mismo al otro,

Clara, porque las mugeres

como yo, puestas en salvo,

si se esparcen, y divierten,

es para aquesto no mas,

que amor bachiller no tiene

mas fondo, que solo el ruido.

Aquel emblema lo acuerde

del perdido caminante,

à quien de noche acontece,

que alumbrado del estruendo

con que del monte descende

pequeño arroyo, le assusta,

le perturba, y estremece,

y huyendo de èl, dà en el rios

porque à todos les parece,

que es manso cristal aquel,

que aun las guijas no le sienten,

y en su agua perecen, pues

que no tiene riesgo advierte

la ruidosa, porque el riesgo

el agua mansa le tiene;

y así, fue del agua mansa

lo mejor guardarse siempre. *Vase.*

Clara. Què escucho, Cielos, què escucho?

que no tiene riesgo advierte

la ruidosa, porque el riesgo

el agua mansa le tiene?

y así, fue del agua mansa

lo mejor guardarse siempre?

Sin duda (ay de mi!) que oyò

quanto dixè, ò lo parece,

segun al concepto habla

de lo que mi pecho siente.

Pues ya que el acaso hizo

en las respuestas que ofrece,

lo que el cuidado debiera;

ya que por ella me tiene

el Cavallero que traxo

el papel, lograr intente

la ocasion, que con su nombre

Amor à mi amor ofrece,

porque con mas verdad pueda

decir, que riesgo no tiene

la ruidosa, porque el riesgo

el agua mansa le tiene;

y así, fue del agua mansa

lo mejor guardarse siempre.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Clara, y Mari Nuño.

Clara. Esto passa, y solo à ti lo dixera. *Mari.* Ya tù tienes experiencia de lo mucho, que fiar de mi amor puedes; pero dexa que me admire de oír, que à tal extremo lleguen los despejos de tu hermana.

Clara. Dos Cavalleros pretenden su favor, y à mi me toca, que el escandalo remedie, ya que llegò à mi noticia, y así es fuerza hablar à este, que me diò el aviso; y para hacer que el daño se enmiende, tù has de darle un papel mio en su nombre, porque llegue, ignorando que soy yo,

à hablarme mas claramente esta noche, y:-- pero luego proseguirè, que parece que anda gente ai fuera, mira quien es. Bien de aquesta suerte con la verdad se ha engañado Mari Nuño, que ha de hacerme lugar, para conseguir hablarle de noche, y verle, ya que mi pena:--

Sale Don Toribio, y detienele Mari Nuño.

Mari. Esperad, que no es bien que nadie entre sin avisar à este quarto.

Torib. Dos veces para mi eres Dueña oy. *Mari.* De què manera se entiendo esso de dos veces?

Torib. Una en lo que estorvas, y otra en lo que an quarto defiendes.

Mari. Serà justo, si no están decentes, que à verlas lleguen?

Torib. Pues còmo pueden no estar siempre mis primas decentes?

Clara. Què es esto?

Torib. Que essa estantigua à mi el passo me defiende.

Clara. Hace muy bien, porque aqui

fin mi padre, nadie puede entrar. *Torib.* Si puede, y ya se de què esse ceño procede: y así, no quiero enojarme, porque se tambien que tienen licencia las desvalidas de llorar amargamente.

Clara. Yo confieso que lo estoy, y pues la dichosa en este quarto no està, no tencis que hacer en èl, brevemente de èl os id, ò yo me irè, porque de mi no se piense que me vengo en estorvaros, quando hay mas en que me vengue.

Torib. Esso es poco, y mal hablado.

Clara. Ven, Mari Nuño, que tienes que hacer por mi esta fineza.

Mari. Tuya soy, y serè siempre: pero aguardate, verè quien llama.

Vase.

Torib. Cielos, valedme, que este remoquete, sobre aquella sospecha fuerte, que aspid del pecho, à bocados todo el corazon me muerde, es, aora que caigo en ello, un bellaco remoquete.

Quando buscamos la casa, vi:-- lengua mia, detente, no lo digas, fin que antes te haya dicho yo, que mientes: vi, que detrás de la cama de Eugenia (ò malicia alevè!) estaba detrás:--

Sale Mari Nuño con un papel.

Mari. Señora, albricias, que este villete, con coche, y balcon:-- *Torib.* Muger, en lo que dices advierte, que balcon, villete, y coche, sobre dueña, me parece, es traer todo el yerro armado.

Mari. Mal encuentro fuera este si importàra: mi sefiora:--

Torib. Memoria, no me atormentes?

Mari. Aqui no estava? *Torib.* Aqui estava un poco antes que se fuefle.

Mari. A buscar à entrambas voy

Guardate del agua mansa.

con este papel. *Torib.* Detente, que antes he de verle yo, que ellas. *Mari.* Què llama verle? que aunque no importàrà nada, no le he de dar, por no hacerle tan dueño de casa ya.

Torib. Què và:- *Mari.* Què?

Torib. Què de un puñete te abollo lessos, y toca?

Mari. Què và que no es mayor que este?
Dale un bofeton.

Torib. Los dientes debieron de irse, pues he perdido los dientes.

Mari. Ay, que me matan, señores, acudan à locorrerme.

Torib. Solo me faltaba aora ser ella la que se quexe.

Mari. Que me matan.

Salen Don Alonso, Doña Clara, Doña Eugenia, y Brigida.

Alons. Què es aquesto?

Clara. Què ha sucedido? què tienes?

Mari. Don Toribio mi señor, colerico, è impaciente, porque no le quise dar aqueste papel, que viene para las dos, puso en mi las manos. *Las dos.* Jesus mil veces!

Alons. Por cierto, señor sobrino, vuestro enojo, sea el que fuere, es muy sobrado: à criada de mis hijas de esta suerte se ha de tratar? *Torib.* Vive Dios, que soy yo:-

Alons. No habéis. *Torib.* Quien tiene de què quejarse. *Alons.* Ya basta: dadme vos, dadme el villete, que quiero ver la ocañon, *Tomale.* que tuvo para ofenderse.

Eugen. Ay de mi! si fuesse acaso de alguno de los ausentes.

Clara. Quiera el Cielo, que no sea, que algo de tus cosas cuente.

Lee D. Alons. Sobrinas mias, yo tengo balcon en que esta tarde veais la entrada de la Reyna nuestra Señora: el coche và por vosotras, que no dudo, que mi primo:-

Repres. Aora de nuevo buelvo

à enojarme, y ofenderme de que escrupulo haya havido en vuestro juicio: en aqueste Doña Violante mi prima, hijas, os dice que quiere, que con ella vais à donde veais la entrada excelente de la Reyna, cuya vida el Cielo por siglos cuente.

Tomad, leedle vos, vereis quan necio, quan imprudente haveis pensado otra cosa, que no quiero que se ausenten, hasta que vos le leais. *Dale el papel.*

Torib. Mostrad: dice de esta suerte:

Lee. Sobrinas mias, yo tengo balcon:- Tio, finalmente, hasta que yo lea, no han de ir:
Alons. No.

Torib. Pues muy bien me parece, que no iràn de aqui à dos años.

Alons. Por què? *Torib.* Porque no se leerle, y ellos havrè menester

para aprenderlo. *Alons.* Què llegue à tanto vuestra ignorancia!

Torib. Pues què defecto es aquesto? como de esos leer no saben, y lo saben todo: estense, hasta que lo aprenda, en casa, y entonces iràn. *Alons.* Mal pueden si oy es la entrada. *Torib.* Havrà mas de que la entrada se quede hasta que yo sepa leer?

Alons. Hijas, aquesto sucede una vez en una edad, verlo es justo: brevemente os poned los mantos, è id, ò pefele, ò no le pefe à Don Toribio, que yo, à causa de mi accidente, no saldè de casa, y basta que vuestra voz me lo cuente, quando bolvais. *Clara.* A tu gusto humilde estoy, y obediente.

Eugen. Si me dás licencia à mi, contigo es bien que me quede.

Alons. No, hija, ambas haveis de ir.

Brig. Aqui ya los mantos tienen.

Clara. Ponme, Mari Nuño, el mio:

toma, y lo que digo advierte.

Dale un papel.

Eugen. Solo esta vez salgo triste, *ap.*
porque ninguno me encuentre
de estos dos necios amantes.

Clara. Solo esta vez salgo alegre,
por si en las fiestas por dicha
à este Cavallero viesse. *Vanse.*

Torib. Aunque desairado quede,
me huelgo, que quedo en casa,
entre la Reyna, ò no entre,
por si puedo averiguar
à mis solas esta fuerte
sospecha, que en vivos zelos
amor en el alma enciende. *Vase.*

Salen Don Felix, y Hernando.

Hern. Sin ver la fiesta te vienes,
señor, hasta casa? *Felix.* Si,
que no hay fiesta para mi
donde no hay gusto. *Hern.* Què tienes,
que estàs tan triste, señor?

Felix. Què mas tu lengua quisiera
de que yo te lo dixera?

Hern. Ya me has dicho que es amor,
con solo esso. *Felix.* Por què?

Hern. Porque obligarte à callar,
solo puede ser estàr
enamorado. *Felix.* No sè
como te diga que si,
y que una rara belleza
es causa de mi tristeza,
tan imposible, que vi
en el primero deseo
el primero inconveniente.

Hern. Còmo?

Felix. A quien Don Juan ausente
ama, y à Don Pedro veo
venir siguiendo, es la Dama,
que mi libertad robò;
y aunque siempre he de estàr yo
de la parte de mi fama,
aun no estriva mi cuidado
en esta especie de zelos,
fino que de sus desvelos
uno, y otro me han fiado
el secreto de manera,
que obligado à embarazar
su empeño estoy, y à callar.

Llama à la reja Mari Nuño.

Mari. Señor Don Felix? *Felix.* Espera,
à quien han llamado? *Mari.* A vos.

Felix. Pues què es lo que me mandais?

Mari. Doña Eugenia, que leais
aqueste papel, y à Dios.

Arrojale un papel, y vase.

Lee D. Felix. Agradecida al aviso, que
me disteis, he empezado ya à obedecer,
y para executar lo mejor, me
importa hablaros: venid esta noche,
que yo os estarè aguardando. El Cielo
os guarde.

Repres. Quièn viò confusion mas fiera,
puesto que ni ir, ni dexar
de ir puedo ya escusar?

Al paño Don Juan.

Juan. Cielos, què harè? *Hern.* Considera,
que viene Don Juan aqui.

Felix. Si viò arrojar el papel?

Hern. No.

Juan. Què sospecha tan cruel! *Sale.*

Felix. Don Juan, pues què haceis aqui?
no sois de fiestas? *Juan.* No sè
lo que os diga. *Felix.* Muerto quedo.

Juan. Que ni hablar, ni callar puedo.

Felix. Callar, ni hablar?

Juan. Si. *Felix.* Por què?

Juan. Porque os ofendo en hablar,
y en callar me ofendo à mi,
con que es preciso que aqui
no pueda hablar, ni callar.

Felix. No os entiendo. *Juan.* Yo tampoco;
mas si entenderme quereis,
como licencia me deis,
propia dativa de un loco,
dirè el dolor que me aquexa.

Felix. Si doy: empeño cruel! *ap.*

Juan. Pues enseñadme un papel,
que os dieron por esta reja.

Felix. Solo esso en el mundo huviera,
siendo quien somos los dos,
que yo no hiciera por vos;
y no haciendolo, quisiera
que el credito de mi fè
os debiesse creer de mi,
que soy vuestro amigo. *Juan.* Así
lo creo; mas no podrè
(viendo, que haveis escusado
con pretexto de otro honor,

ser tercero de mi amor;
y que havindome llamado
Eugenia en el coche aora,
muy enojada me diga,
que ni la vea, ni figa
mas, Don Felix, quien lo ignora?)
entrar en temor de que
vuestra escusa, y su crueldad
nacen de otra novedad?

Y mas, viendo que lleguè
à tiempo que daros vi
por essa reja un papel,
y que los secretos de èl
tanto recatais de mi,
que turbado le escondais,
haviendo yo el nombre oïdo
de Eugenia, y que ella ha sido
la que os dice que leais.

Felix. Valgame el Cielo! què harè, ap.
que el papel me llama à mi,
y si me disculpo aqui,
à Don Pedro culparè?

Juan. Què me respondeis?

Felix. Ya os tengo
respondido, con saber,
que soy, Don Juan, y he de ser
amigo, y callar prevengo.

Juan. Confisso, que sois mi amigo,
y que vuestro huesped soy;
pero el empeño en que estoy,
vos le sabeis; y asì os digo
solo, que me aconsejeis
en este lance, por Dios,
què hicierais conmigo vos?

Felix. Aunque contra mi teneis
alguna razon, si yo
en el empeño me viera,
que erais mi amigo creyera,
y no os apuràra. *Juan.* No
es tan facil de tomar,
como de dar un consejo;
y asì, de admitirle dexo,
bolviendoos à suplicar,
que me enseñeis el papel.

Felix. Si otra causa no tuviera,
què la vuestra, yo lo hiciera.

Juan. Pues hay otra causa en èl
mas, que ser suyo, y venir
à vuestra mano? *Felix.* Si hay,

pues la causa que le tray,
es la que no he de decir.

Juan. No tiais de mi un secreto?

Felix. Si, mas no aqueste. *Juan.* Mirad,
que puede nuestra amistad
dilarar en mi el efeto
de verle, mas no escusalle.

Felix. Pues mirad còmo ha de ser,
porque no le haveis de ver.

Juan. Saliendonos à la calle.

Felix. Guïad donde quisiereis vos,
que à guardarle estoy dispuesto.

Sale Don Pedro.

Pedro. Don Juan, Don Felix, què es esto?
dònde vais asì los dos?

Felix. Passeandonos vamos. *Pedro.* No
es la deshecha bastante
à desmentir el semblante;
y haviendo llegado yo
à tiempo, que ya empuñadas
de ambos las espadas vi,
no haveis de passar de aqui.

Juan. Prevenciones escufadas
son las vuestras, vive el Cielo.

Hern. No son, que mi amo, y Don Juan
à reñir, Don Pedro, van.

Felix. Calla, picaro. *Pedro.* Què duelo
hay, que entre amigos lo sea,
que no se pueda ajustar,
Felix, antes de llegar
al ultimo trance? vea

yo, que haceis esto por mi,
y sepa la causa. *Felix.* Yo

no he de decirla, que no
me està à mi bien. *Juan.* A mi si,

que no quiero que se diga,
que sobre la obligacion

de huesped, es sinrazon
la que à este trance me obliga:

y pues que sois Cavallero,
que nos dexareis reñir,

la ocasion he de decir.

Felix. No direis, porque primero
yo: *Pedro.* Tened.

Felix. O quièn pudiera
su discurso suspender!

Juan. Que quiero con vos hacer
lo que con otro no hiciera.

Yo, Don Pedro, he sido

de Don Felix , que estoy enamorado
de una Dama , y haviendome valido
de el , no solo ayuda me ha pretendido,
pero contra su honor , contra su fama,
sè que festeja a questa misma Dama:
ved si es justa mi quexa,
pues dandole un papel por esta reja:--
ap. Què es lo que escucho, Cielos!
ap. Oí, que oyen mucho contra si los zelos,
que dixo la tercera,
que el dueño fuyo Doña Eugenia era:
su nombre dixè , poco havrà importado
el haverla nombrado,
siendo quien sois.
ap. Con nuevas penas lucho.
ap. Esperad, que no importa sino mucho,
porque aquesse desvelo
me toca à mi con ambos, vive el Cielo:
con vos , pues haveis sido
de Eugenia amante, q̄ es la que he seguido,
y con el , pues de vos à oír he llegado,
que està Don Felix de ella enamorado;
de fuerte, que en los dos vengar prevengo
la razon que tenéis , y la que tengo.
ap. Si vos os declarais de Eugenia bella
amante , quando yo muero por ella,
ya con vos es mayor empeño el mio,
pues ya son dos de quien mis penas fio,
y dos los que me ofenden. (*den*)
ap. Dos son tambien los q̄ agraviar preten-
mi amistad , presumiendo,
que, siendo yo quien soy , à ambos ofendo,
quando en mi valor hallo,
que al uno por el otro su amor callo,
y escusar el empeño folicito,
paffando la fineza à ser delito.
ap. Fineza es , quando impio:--
ap. Quando ingrato:--
ap. Con falsa fe:--
ap. Con fementido trato:--
ap. Ofendeis mi amistad?
ap. Oídme primero,
pues à los dos satisfacer espero.
ap. Platicas acortemos,
y puestto que tenemos
nuestro duelo empezado,
venid conmigo.
ap. Haviendo yo llegado
à tiempo , que he sabido,

que los dos me ofendeis, còmo he podido
dexar de ir con los dos?

Felix. Y còmo puedo
yo dexar, que los dos, con tal denuedo,
presumais que traidor puedo haver sido?
Los dos. De ambos està ofendido
mi valor.

Felix. Por mi honor bolver espero.
Juan. Calle la lengua, pues, y hable el acero.
Riñen los tres, y dice D. Toribio dentro.
Torib. Bendencia hay à la puerta de mi casa?
Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Alonf. Còmo entre tres amigos esto passa?
Jua. Guardaos Dios, q̄ ya el duelo està acabado
Alonf. Esperad, porq̄ aviè lo yo llegado, (*Vase.*)
ofendeis mi valor.

Pedro. Nada esto ha sido: (*ido. Vase.*)
seguir quiero à Don Juan , pues ya se ha
Torib. Tenedlos , tio , que para ajustarlo,
sobre mi Executoria han de jurarlo:
aguardad , que ya vengo,
mientras voy à sacarla, que la tengo
metida en las alforjas , como vino,
porque no se me ajasse en el camino.

Alonf. Merezca yo saber , què furia airada
os ha obligado aqui à sacar la espada.

Felix. Nació esta competencia
sobre una diferencia,
que en el juego los tres hemos tenido;
y haviendo vos venido
à tan buena ocasion , no fuera justo,
que entre amigos duràra este disgusto:
perdonadme , señor , y dad permisso
que los figa. (*Vase.*)

Alonf. Serà muy cuerdo aviso;
id, D. Felix, con Dios, que sabe el Cielo,
que siento no cumplir oy con el duelo,
haviendome aqui hallado:
pero es tal mi cuidado, (*ap.*)
que no entre D. Toribio en mi sospecha,
que mas con el me importa la deshecha.
De què tan pensativo
haveis quedado? *Torib.* Imaginando vivo
si nuestra solariega sangre acierta
en que riñendo , tio , à nuestra puerta,
se vayan atufados,
sin ir los dos muy bien descalabrados,
y aun los tres.

Alonf. Què notable desvario!

pues què nos toca su disgusto?

Torib. Ay tío,
si hablàra yo!

Alonf. De què es el sentimiento?

Torib. De mucho. *Alonf.* Pues hablàd.

Torib. Estadme atento.

Quando yo iba à buscar filis,
y fuisteis vos à traerme,
defengañado de que
burla de mi prima fuese,
siendo hablilla, que las Damas
decir por donaire suelen:

al bolver à casa, oïmos
voces, diciendo impaciente
Clara, que un hombre havia en ella.

Alonf. Es verdad, y yendo à verle,
no le hallamos, aunque toda
la anduvimos. *Torib.* Pues de aqueſſe
examen que en ella hicimos,
todo mi dolor procede,
todas mis penas se causan,
y todos mis zelos penden.

Alonf. Por què? *Torib.* Faltame el aliento!
la voz duda, el labio teme!
porque como no dexamos
nada por vèr diligentes,
detràs de la cama (ay triste!)
de Eugenia:- *Alonf.* Cielos, valedme.

Torib. V:- *Alonf.* Què, al hombre?

Torib. Mas no es nada,
verle, y no darle la muerte?
no bastò vèr:- *Alonf.* Proseguid.

Torib. Una clara seña, un fuerte
indicio de que à deshora
en el quarto salga, y entre?

Alonf. Ved, sobrino, què decís,
no algun engaño os empeñe
à decir:- *Torib.* Còmo que engaño,
si lo vi mas claramente,

que cinco, y cinco son diez,
y diez, y diez seràn veinte?

Alonf. Pues què visteis? *Torib.* Una escala,
que Eugenia escondida tiene.

Alonf. Elcala escondida? *Torib.* Si,
y de hartos passos, con fuertes
cuerdas, y hierros atada.

Alonf. Vive Dios, si verdad fuese,
què havia:- *Torib.* Còmo verdad?
¿ solo porque la visteis,

os traigo aqui, quando solo
està el quarto? un punto breve
esperaos, vereis quan presto
aqui la mirais patente. *Vase.*

Alonf. Ay de mi! no en vano, y Cielos,
previne ausentar prudente
de la Corte à Eugenia, pero
si ya Don Toribio tiene
tan vivas sospechas, còmo
es posible que la lleve?
pues ya:-

Sale Don Toribio con un guardainfante.

Torib. Mirad si es verdad,
con mas de dos mil pendientes
de gradas, haros, y cuerdas.

Alonf. Necio, loco, impertinente,
està es èscala? *Torib.* Y èscala,
que si se desdobra, debe
poderse escalar con ella,
segun la rebuelta tiene,
la torre de Babilonia:
esto es para quien lo entiende,
no la sè armar. *Alonf.* Vive Dios,
que no sè como consiente
mi còlera no deciros
mil pesares, porque esse
es guardainfante, no èscala.

Torib. Guarda què?

Alonf. Què impertinente!
guardainfante. *Torib.* Peor es effo,
que effotro: què infante tiene
mi prima, que èste le guarde?
Alonf. Hablar con vos, es haçerme
perder el juicio: no entienda
aqueſſo nadie, bolvedle
donde estaba, y estimadme,
barbaro, y agradecedme,
que no os digo mil locuras. *Vase.*

Torib. Escalado seas mil veces:
guardainfante de mi prima,
quien quiera que fuisse, y fuesſes,
bueno me han puesto por ti
de barbaro impertinente,
y hasta saber el oficio,
que en cas de mis primas tienes,
no he de parar.

Dentro. Pàra, pàra.

Dent. *Alonf.* Pues que ya mis hijas vienen,
poned luces en su quarto.

Sale Mari Nuño.

Mari. Ay de mi! que en èl hay gente:
quien es?

Torib. Yo soy, que no es nadie.

Mari. Qué haces aqui de esta suerte
con aqueſſe guardainfante?

Torib. Aqui, ſi ſaberlo quieres,
me eſtaba pensando cosas.

Mari. Sitio havrà donde las pienſes:
ſuelta, y mira no te hallen

aqui dentro, quando lleguen,
que ya vienen. *Torib.* Mira tũ

no me obligues à que venga
el paſſado mogicon.

Mari. Mejor ſerà, ſi lo adviertes,
no quieras que te dè otro.

Torib. Qué và que no es mayor que eſte?
Dale un boſeton.

ay, que me han muerto, ſeñores,
acudid à focorirme:

ay, que me matan.

*Salen Don Alonſo, Doña Clara, Doña Eu-
genia, y Brigida.*

Alonſ. Qué es eſto?

Clara. Qué voces, qué ruido es eſte?

Torib. Mari Nuño mi ſeñora,
eſtando en eſte retrete,

porque la dixè no mas,
que buenas noches tuviſſe,

puſo las manos en mi.

Mari. Mas me dixo, pues pretende,
que le favorezca yo,

porque dice, que no quiere
ſeñora de guardainfante,

y trae por teſtigo eſte,
de quien eſtà haciendo burla.

Torib. Qué teſtimonio tan fuerte!

Mari. A un traidor dos alevofos. *ap.*

Alonſ. Advertid vos, que no lleguen
à entender nada las dos,

que dè vueſtras ſencilleces,
ò ignorancias, ò locuras,

eſtoy cañado de ſuerte:—
pero hablemos de otra cosa,
no ſean delirios ſiempre:
còmo en la ſieſta os ha ido?

Eugen. Como à quien viene, ſeñor,
de ver el triunfo mayor,
que nueſtra Eſpaña ha tenido,

deſde que ſu Monarquía
à ſer la mayor llegò.

Alonſ. Ya que no le he viſto yo,
de algun conſuelo ſeria

oirlo de las dos aqui.

Eugen. Yo, ſeñor, te contarè
lo que me acuerdo. Verè *ap.*

ſi deſvelar puedo aſt!

la pena en que me ha tenido
ta. para ſeñencia cruel,

que viò Clara en ſu papel.

Clara. Viſte à Felix? *A Mari Nuño ap.*

Mari. Y advertido,
no dudo que venga. *Clara.* Pues

vele à abrir. *Mari.* Còmo, ſi aqui
todos eſtàn? *Clara.* Mira, aſi.

Como atento nos eſtès,
lo que ella olvide, ſeñor,

yo acordarſelo pretendo.

Entiendeſme? *Mari.* Ya te entiendo.

Eugen. Oiràs la ſieſta mayor,
que havràs oido en tu vida.

Clara. Y vos oid tambien. *Torib.* Pues no?

Clara. Vè por èl, mientras que yo
les doy con la entretenida. *Vaſe Mari.*

Llegò el dia, que trocando
la divina Mariana,

en felices poſſeſiones
perezofas eſperanzas,

de Madrid amanecieron
para ſu dichofa entrada,

en felices aparatos,
cubierras calles, y plazas:

todas las vimos, porque
trascendiendo por las vallas

ſingidas de jaſpe, y bronce,
llegamos à donde eſtaba

en el Prado un Arco excelſo,
que à las nubes ſe levanta.

Eugen. Aqui en el racional trage
Madrid, de ſu antigua ufanza,

eſperò à ſu nueva Reyna,
veſtida de blanco, y nacar:

y para ſignificar
de ſus afectos las anſias
con que liberal quiſiera
poner el mundo à ſus plantas;
ya que no la puſo el mundo,
puſo, por lo menos, tantas

significaciones de èl,
que en este Arco, y los que faltan,
representò de sus quatro
Partes las Coronas varias,
que en èl amante la ofrece
quien la mereciò Monarca:
y así, esta parte fue Europa,
como principal estancia
donde sus Imperios agone
las demás por tributarias.

Clara. Querer pintar, que en èl vimos
en casi vivas estatuas
à Castilla, y à Leon
por los Reynos; Alemania
por la cuna, y por la Fè
de la Religion à Italia,
sin otras muchas señales,
imposible es ya, pues basta,
que en este Arco, y los demás
apelemos à la estampa,
quando lo expliquen sus letras
Latinas, y Castellanas.

Eugen. Solo por mayor diremos,
que à las quatro dilatadas
Partes del Mundo, en quien tuvo
dominio el Planeta de Austria,
correspondieron los quatro
elementos, siendo en claras
significaciones, doctos
reversos de sus fachadas:
y así, à Europa se diò el aire,
por ser en quien mas templadas
sus influencias se gozán
dulces, suaves, y blandas.

Clara. Y como del aire es
el Aguila remontada
Emperatriz, cuyo nido
favorable aspira al Aura,
el Aguila coronò
este elemento, adornada
de geroglificos, que
todos del aire se facen.

Eugen. A esta puerta, pues, la Villa,
la ceremonia acabada
del besamano, empezó,
haciendo al compàs la salva,
no solo de los clarines,
las trompetas, y las caxas,
fino de la voz del Pueblo,

que es la mas señora salva,
à caminar con el Palió,
con tanto aplauso, con tanta
magestad, que no se viò
en terminos de vassalla,
nadie con mas causa humilde,
ni sobervia con mas causa.

Clara. De aqui, pues, à la Carrera
de San Geronimo passa,
donde no menos vistoso
la recibì el triunfo de Austria.

Eugen. De sesenta y dos Coronas,
que en la India rinden à España
feudo, los bultos de algunas
significaron las ansias
de servir su buena Reyna
con dones, y empresas, quantas
mide este Imperio al Oriente,
donde su poder alcanza.

Clara. Y como Asia es la mayor
parte del mundo, que abraza
Ganjes, Nilo, Eufrates, Tigris,
Señora de tierras tantas,
fue su elemento la tierra,
en quien se viò coronada
la melena del Leon,
como su mayor Monarca.

Eugen. Llegò, pues, el sol del Sol
à la Puerta, en cuya estancia
Africa en el triunfal Arco,
à vista suya se planta.
Y así, todas sus pinturas
fueron las Fuerzas, y Plazas,
que España en Africa goza,
desde que dos Reynas Santas,
politica una en Madrid,
victoriosa otra en Granada,
arrancaron las raices
de esta venenosa planta.
A Africa correspondiendo
el fuego, ò por su abrasada
Libia, ò por que siendo oy
la Puerta del Sol su estancia,
el Sol, Planeta de Fuego,
entre piramides altas
se viò colocado, bien
como exaltado en su casa.

Clara. Siguiòse la Plateria,
de tal manera adornada,

que solo un Arte tan noble
 asi pudiera ilustrarla;
 pues casi desde este Arco
 se corrieron dos varandas
 de vichas, y de columnas,
 que empezandose desde altas
 piramides, prosiguieron,
 hasta que en otras rematan,
 poblando sus corredores
 por una, y por otra vanda
 aparadores, cubiertos
 de diamantes, oro, y plata.

Eugen. La America en otro Arco
 à Santa Maria estaba,
 en cuyo Templo el fiel culto
 el Te Deum laudamus canta.
 Fueron divinas empresas
 quantas diò el agua à sus Aras,
 siendo perennes milagros
 Marzanares, y Xarama.

Clara. En la Plaza de Palacio
 animados en dos basas,
 que de Himeneo, y Mercurio
 sostenian las estatuas,
 dos triunfales carros vi,
 de cuya fabrica rara
 fue la significacion,
 si es que me atrevo à explicarla,
 que Mercurio, de los Dioses

Embaxador, su jornada
 à la vista de Palacio
 feneciò, y asi, acabada
 la fatiga del camino
 à Himeneo se la encargas;
 porque uno su culto empieza
 donde otro su culto acaba.

Eugen. Con este acompañamiento,
 al compàs de voces varias,
 que del esposo, y la esposa
 decian las alabanzas:--

Clara. En un bruto, que parece,
 que sabia que llevaba
 todo un Cielo sobre sí,
 segun la noble arrogancia
 con que obedecia sobervio
 al impulso que le manda,
 llegò nuestra invicta Reyna
 à las puertas de su Alcazar.

Alonf. Tal la relacion ha sido,

que aunque el no verla dà enojos,
 el deseo de los ojos
 se suple con el oïdo.

Torib. No à mi, porque esse deseo
 nunca tuve. *Alonf.* Por què no?

Torib. Como essas bodas vi yo.

Alonf. Dònde? *Torib.* En Cangas de Tinèo,
 quando los Concejos todos
 se juntan para llevar
 las novias à otro Lugar,
 entonando varios modos
 de bayles, y de cantares,
 que es una fiesta bien rara:
 si de alguno me acordàra,
 se os quitàran mil pesares.

Alonf. Dexad locuras, por Dios:

B igida, à alumbrarme ven,
 que ya recogerme es bien. *Vase.*

Clara. Por què no os recogeis vos?

Torib. Porque para recogerme
 falta salir de un cuidado.

Clara. Què cuidado? *Torib.* No he cenado,
 y tràs esto, otro ha de hacerme
 perder el juicio. *Clara.* Què es?

Torib. Vos dixisteis, que havia en mi
 mas en que vengaros? *Clara.* Sì.

Torib. Decidme la causa, pues.

Clara. La causa es, que à Eugenia, à quien
 (de èl asegurarme quiero *ap.*
 para la ocasion que espero)
 vos decis que quereis bien,
 à otro favoreciò. *Torib.* Ay Cielos!

Clara. Si averiguarlo quereis,
 bien facilmente podeis.

Torib. Si esto oyeran mis abuelos,
 què dixeran? *Clara.* Pues estando
 un rato en esse balcon,
 oïreis la conversacion
 que tiene en la calle, hablando
 con un hombre por la reja
 de su quarto. *Torib.* Còmo què?
 en el balcon me estarè
 si acaso el dolor me dexa,
 sin chistar, de penas lleno. *Vase.*

Clara. Ya èste no me estorvarà,
 pues cerrado se estarà
 toda la noche al sereno.
 Eugenia: bueno serà *ap.*
 engañarla. *Eugen.* Què me quieres?

Clara.

Clara. Avísarte quanto eres infeliz. *Eugen.* En què?
Clara. En que està mi padre tan sospechoso, pues no sè què, que ha passado, Mari Nuño le ha contado acerca de que zeloso uno, y otro amante tuyo, oy à esta puerta riñeron, que sus sospechas le hicieron desvelar, segun arguyo, que no se acuesta: por Dios, que si tienes que temer me lo digas, para hacer como hermana. *Eugen.* Si à las dos en el coche, y en la reja viste que los despedì, y que no ha quedado en mi, ni aun el ruido de la quexa, què mas de mi parte puedo haver hecho, ni saber puedo aora lo que he de hacer?
Clara. Yo sì. *Eugen.* Què es?
Clara. Perder el miedo, puesto que inocente estàs, y cerrada en mi aposento, desvelar tu pensamiento, que yo desvelando mas tu inocencia, allà entrarè, diciendo que estàs dormida, y mostrandome ofendida à su enojo, le dirè muy bien dicho, que no tiene razon, si en sospechar dà de quien tan segura està.
Eugen. Mi vida, hermana, previene tu amistad; y porque mas de mi assegurarle quiera, cierrame tù por defuera. *Vase.*
Clara. Esto havia de hacer? Ya estàs conmigo en campaña, Amors; aquesta es la vez primera, que te vi el rostro, no quiera vencer tan presto el rigor de tus iras. *Mari Nuño, Sale Mari Nuño.*
 dònde està aquel Cavallero?
Mari. En mi aposento, señora, rato ha que oculto le tengo, mientras que la relacion

à todos tenia suspensos.
Clara. Esto por Eugenia hago.
Mari. Por esto yo te obedezco.
Clara. Dile, que salga à esta quadra.
Mari. Voy. *Vase, y sale Don Felix.*
Felix. Aunque rendido vengo à serviros, es mayor mi pena, que el rendimiento.
Clara. De què? *Felix.* De verè que mi avio ni vuestra cordura han hecho el efecto que esperamos, sino tan contrario efecto, que los dos conmigo oy à vuestra puerta riñeron; y saliendo vuestro padre, y vuestro primo à este tiempo, queriendo acudir à todo, à nada acudì, supuesto que ni à uno, ni otro alcanzar pude, y estoy con recelo de que se hayan encontrado, puesto que ninguno ha buuelto, siendo ambos huéspedes mios; y aunque por ellos lo siento, lo siento por vos con mas ventajas, pues si os confieso una verdad, me debeis vos mayor fineza, que ellos.
Clara. Yo mayor fineza? *Felix.* Sì.
Clara. Còmo? *Felix.* Perdonad, os ruego, porque no puedo decirlo, aunque ya dicho lo tengo.
Clara. Dicho lo teneis, y no podeis decirlo? no entiendo tan nuevo enigma. *Felix.* Yo sì.
Clara. Declaraos mas. *Felix.* No puedo, que si el sentimiento es por ser mis amigos, cierto serà, por ser mis amigos, el callar mi sentimiento.
Dent. D. Juan. Valgame el Cielo!
Felix. Què voces son las que estamos oyendo?
Clara. En el jardin fue. *Sale Mari Nuño.*
Mari. Señora?
Clara. Què hay, Mari Nuño? què es esto?
Mari. Por las tapias del jardin se ha arrojado un hombre dentro, à cuyo ruido, tu padre

baxa ya de su aposento.

Clara. Triste de mí! qué he de hacer, si os vè aqui? *Felix.* Buen remedio, yo por aqueſſe balcon ſaldrà à la calle primero, que me vea. *Clara.* No le abrais.

Felix. No es mejor?

Abre el balcon, y balla à Don Toribio.

Torib. Eſtenſe quedos, no hagan ruido, que ya el hombre à la reja llega, y quiero oír lo que habla.

Felix. Hombre, quièn eres?

Torib. Quièn os mete à vos en eſſo? metome yo en quièn ſois vos? agradecedme que tengo que hacer aqui, que ſi no, à ſe que havia de ſaberlo.

Felix. Quièn viò tan eſtraño lance!

Mari. Ya en el jardin ſe oye eſtruendo.

Clara. Apartemonos de aqui.

Retiranſe las dos, y ſale Don Pedro.

Pedro. Viendo mis rabioſos zelos, que abriendo la puerta entrò mi enemigo haſta aqui dentro, ſin poderlo yo eſtorvar, que llegar no pude à tiempo, por las tapias del jardin à entrar me atreví reſuelto à vengar:- pero qué miro! que es ſu padre, vive el Cielo, y brioſo, con otro hombre riñendo ſale à eſte ueſto.

Sale Don Alonſo riñendo con Don Juan.

Alonſ. Al eſfuerzo de mi brazo, de mis iras al aliento, pues me han hecho dos agravios tu voz, y tu atrevimiento, los dos vengarè: ay de mí! que vãn mis penas creciendo, pues quando pensè de uno, dos de quien vengarme tengo.

Felix. Tened la eſpada, Don Juan, Don Alonſo, deteneos.

Juan. Mira ſi traidor amigo eres, pues aqui te encuentro.

Felix. Oíd, ſabreis que enemigo no ſoy ni ſuyo, ni vueſtro.

Alonſ. Dentro de mi caſa dos

enemigos. *Felix.* Deteneos.

Pedro. Aunque eſtorvar aqui deba de Don Alonſo el empeño, primero venganza pide lo rabioſo de mis zelos. Si por aqueſſe balcon *Llega à ellos.* te paſò el atrevimiento de aqueſſa ingrata à mis ojos, en tí he de vengar primero los zelos con que te buſco; baxa abaxo, ò vive el Cielo, que eſta piſtola:-

Saca una piſtola, y ſale D. Toribio à la reja.

Torib. Piſtola?

hombre del diablo, eſtà quedo, que no es eſſo lo que yo te dixè: pero qué veo! qué es eſto, tí? *Sale.*

Alonſ. A mi lado

os poned. *Pedro.* Pues que le abrieron la ventana, llegarè à matarle, que no temo, ya que eſtoy muerto à ſu dicha, quedar à ſus manos muerto.

Juan. Traidor, tràs tí:- mas qué miro? por las ventañas reſuelto aſi os entraís? *Pedro.* Qué os admira? ſi tanto ruido me ha ueſto en obligacion de entrar à ſaber lo que es. *Alonſ.* Suſpenſo en repetidos agravios, no sè à qual hè de ir primero.

Felix. Teneos, ſeñor Don Alonſo, que trances de honor, el cuerdo los venga con ſu prudencia, antes que con el acero; y ſi me eſcuchais, no dudè que deis honrado, y contento.

Alonſ. Uno entrò por mi jardin, otro por mi reja; pero vos que aqui dentro os hallais, por dònde entraſteis primero, que haciendome el miſmo agravio me venís à dar conſejo?

Torib. Entraria por la eſcala, que eſcala havia para ello.

Felix. Yo ſoy tan intereſſado en eſte lance, que pienſo, que vine à ſerviros mas

a todos, que no à ofenderos,
que fue à escusarle: mas ya
que conseguirlo no puedo
de una manera, de otra
lo intentarè, estadme atentos.

Doña Eugenia me ha tenido
en aqueste quarto, à efecto
de estorvar entre los dos:-

Al paño Eug. Què escucho? dexar no puedo
de salir, al oír mi nombre.

Al paño Clara. Tente, no salgas.

Salen Doña Clara, y Doña Eugenia.

Eugen. Si quiero,
que ya me importa saber
què es aqueste fingimiento.
Yo te he tenido, què dices,
hombre, en mi quarto? *Felix.* Teneos,
que yo Doña Eugenia he dicho,
no vos. *Señala à Doña Clara.*

Alonf. Como, como es esto?
luego tù eras la que un hombre
escondido tenias dentro?

Eugen. Luego tù con nombre mio,
Clara, la traicion has hecho?

Torib. Luego tù por esto à mi
me tenias al sereno,
hecho abestiùz del amor?

Lor 3. Què es esto, ingrata, què es esto?

Clara. Esto es que por estorvar
de Eugenia yo los empeños,
no pude estorvar el mio;
y pues que sois Cavallero,
no en el riesgo me dexeis,
quando à otra facais del riesgo.

Felix. Què es dexaros? con mil vidas
haveis de ver que os desiendo,
pues no amando la que es Dama
de mis amigos, bien puedo.

Juan. Pues supuesto que ya quedan
desvanecidos mis zelos,
yo os ayudarè. *Pedro.* Yo, y todo.

Alonf. Hay tan grande atrevimiento!

Torib. Quien tuviera aqui un lanzon
de tres que en mi casa tengo.

Alonf. A mis ojos, y en mi casa,
nadie à mis hijas (ay Cielos!)
defenderà, que no sea

su espolo. *Felix.* Si basta esto,
yo lo soy fuyo. *Clara.* Y yo so
Alonf. Quièn creyera, que en el ye
mayor, fuera quien cayera
la mesurada mas presto?

Torib. Quien no lo creyera, pues
siempre en el mundo lo vemos,
que las aguas mansas son
de las que hay que fiar menos,
y tienen mayor peligro,
porque sin duda por esto,
guardate del agua mansa
dixo un antiguo proverbio.

Eugen. Pues yo, señor, à tus plant
humildemente te ruego
me des estado à tu gusto,
que yo con mi primo quiero
irme à la Montaña, donde
te asegure, por lo menos,
de que nunca delinquentes
fueron mis esparcimientos.

Torib. A la montaña? esto no,
porque allà llevar no quier
ni filis, ni guardainfantes:
y así, con mi alforja al cuello
donde està mi executoria,
haveis de ver, que me buelvo
sin casar. *Alonf.* Ni yo tampoco,
que no tengo de dar dueño
tan bruto à una hija mia,
à quien mas atencion debo,
fino dala à quien su madre
la havia dado en casamiento:
y esperando mi licencia,
se quedò hasta aora suspenso.

Juan. A vuestras plantas humilde,
os digo que soy el mesmo,
pues soy Don Juan de Mendoza.

Alonf. Con esto es del mal el menor

Pedro. Pues quedo sin esperanza
de mi amor, lograrla intento
en pedir que perdoneis
de nuestras faltas los yerros.

Torib. Porque con la moraleja
de agua mansa, y su exemplo,
dando principio à serviros,
fin à la Comedia demos.

F I N.

Con licencia: En VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, don
se hallarà esta, y otras de diferentes titulos. Año 1767.

